

# La Ilustración

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



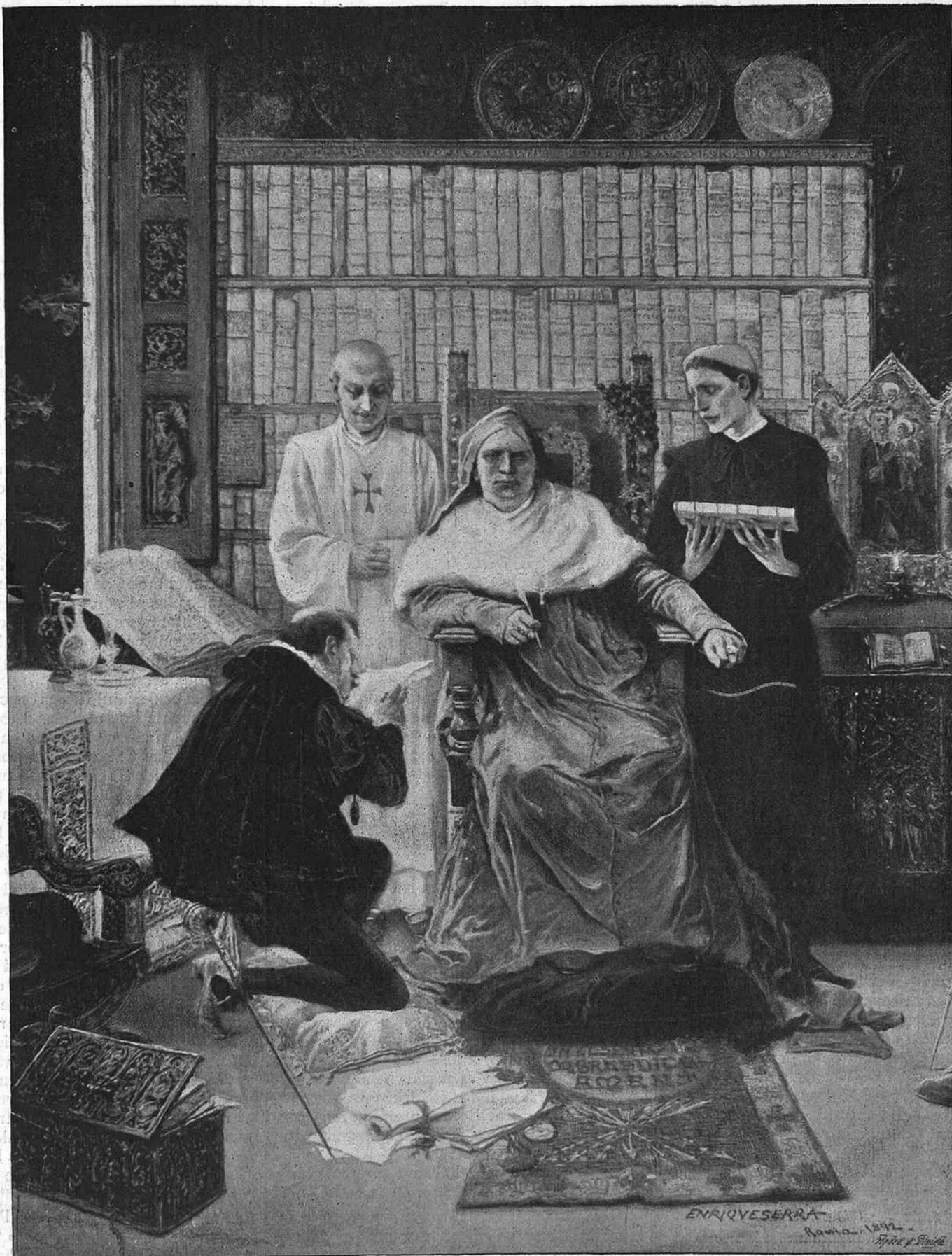
# Artística

AÑO XIV

BARCELONA 20 DE MAYO DE 1895

Núm. 699

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GRAN INQUISIDOR,

copia del cuadro de Enrique Serra (reproducción autotípica)

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores de la «Biblioteca Universal» el segundo de los tomos correspondientes al presente año. Lo forma la preciosa novela de Héctor Malot *En familia*, obra que ha sido premiada por la Academia Francesa y que además del interés que despierta su lectura y de sus bellezas literarias, tiene la cualidad de ser intachable desde el punto de vista moral.

## SUMARIO

**Texto.** — *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Valeriano Domínguez Bécquer*, por R. Balsa de la Vega. — *Venganza humana y justicia divina*, por M. A. S. — *Caricaturas*, por M. Ossorio y Bernard. — *Los Salones de París en 1895*, por X. — *Nuestros grabados. — Miscelánea.* — *La trenza de sus cabellos*, por Luis Enault, traducción de Enrique L. de Verneuil. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Relojes japoneses*, por P. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** — *El gran inquisidor*, copia del cuadro de Enrique Serra. — *La bendición de la comida*, cuadro de Valeriano D. Bécquer, y su retrato. — Grabado que ilustra el artículo titulado *Venganza humana y justicia divina*. — El eminente naturalista Carlos Vogt. — *Canal del mar del Norte al Báltico. Puente de Levensau*. — *El anillo de boda*, cuadro de H. Schmachten. — *En las carreras*, cuadro de Román Ribera. — *Monumento erigido en la plaza de Augusto en Leipzig, en conmemoración del octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck*, obra de los escultores Lehnert y Magr. — Tres grabados de J. Cusachs que ilustran el artículo titulado *La trenza de sus cabellos*. — Figs. 1 y 2. Reloj de pesas japonés y esfera de porcelana. — *Un cazador primitivo*, escultura de José Campeny.

## CRÓNICA DE ARTE

Requiriera ya la pluma y las cuartillas para comenzar esta crónica, cuando un querido amigo mío, discreto si los hay, frío y reflexivo, aficionado á estas cosas del arte y mi consejero en más de dos ocasiones en que como en la presente debo cumplir el deber de relatar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lo que de importancia ocurra en el campo artístico durante el tiempo que media entre *crónica* y *crónica*, interrumpió el hilo de mis ideas, diciéndome:

— Creo que tus lectores te agradecerán mucho más que el relato de los acontecimientos artísticos ocurridos en esta última quincena, acontecimientos que, bien mirados y mirados, quedan reducidos á la elección de los jueces que habrán de fallar acerca del mérito de las obras destinadas á exhibirse en el palacio del Hipódromo; te agradecerán, repito, que les digas algo de esas tendencias, escuelas ó como quieras llamar á las evoluciones, así plásticas como subjetivas, que inspiran al presente á los pintores y escultores españoles. Pues me figuro que en tus revistas críticas de la próxima Exposición hablarás, como de pan comido, de todas esas tendencias; y pudiera ocurrir que no todos cuantos te lean estén al cabo de la calle, cosa (aquí para *inter nos*) que no tiene nada de particular, pues se me ha metido en la cabeza que tampoco nosotros estamos muy convencidos de la razón é importancia de todos esos problemas artístico-filosófico-místico-sociales y qué sé yo cuantas cosas más, inspiradores de las obras de arte al presente ya colgadas en los muros de dicho palacio.

Calló mi amigo y me quedé pensando en lo que acababa de decirme. Lealmente confieso como no se me había ocurrido lo de escribir, á guisa de prólogo de los estudios críticos que habré de dedicar á la próxima Exposición nacional de Bellas Artes, cosa tan necesaria para establecer desde luego una inteligencia más ó menos clara entre mis lectores y yo. Comprendí á los pocos instantes de meditación las dificultades con que debía luchar para exponer, de un modo medianamente comprensible, mi criterio en asunto de tanta monta, y así lo declaré á mi amigo.

— ¿Difícil? Sí, es difícil poder bucear en ese océano de ideas tan diversas y encontradas; pero de algo ha de servir á los que escribís y habláis á diario de estas cosas de arte vuestro criterio; por lo menos el que tú tengas y expongas será una opinión más.

— *Ecco il problema*; porque me sucede lo que á los famosos doctores del *Rey que rabió*: después de estudiar las opiniones de todas las autoridades en la materia, me encuentro con que puede estar rabioso el perro ó puede no lo estar. Es decir, que puede ser — pongo por caso — un disparate la tendencia místico-idealista, ahora en auge, ó puede ser el principio de una reacción necesaria para que lleguemos á entendernos.

— Discurramos con calma, interrumpió mi amigo. Principiemos por el principio. Vamos á ver: ¿Cuál es el fin que persigue el arte? Dirás que el de expresar y hacer sentir la belleza; verdad que de puro sabida es una perogrullada; mas, á pesar de esto, no sabemos que sea otro el fin que se propone el

arte. Prosigamos filosofando. La belleza en sus dos aspectos, el objetivo y el subjetivo, ¿la entendemos hoy como la entendieron los neo-clásicos del siglo pasado y de los comienzos del actual? Enseña Taine, y en este punto creo en su enseñanza, que no siendo el arte una manifestación de la inteligencia humana, aislada de todas las demás, adquiere con las evoluciones y aspiraciones sociales formas de expresión adecuadas. ¿Cuáles son las evoluciones, cuáles las aspiraciones, cuáles los derroteros que la actual sociedad realiza, desea y sigue? He aquí el nudo de la cuestión que nos ata de modo que está casi á punto de ahogarnos. Estudiemos lo más someramente posible las distintas procedencias de los lazos que forman ese nudo que á tal aprieto nos ha traído, á ver si por el hilo sacamos el ovillo.

— ¡Dios nos tenga de su mano! Pero tú, exclamé, ¿pretendes reseñar en un artículo la enorme suma de concausas de todas naturalezas que ha producido el desbarajuste que existe en el campo de las ideas estéticas?

— Nada de eso; lo que voy á decirte es puramente histórico, y no atañe sino á las manifestaciones artísticas realizadas; después haremos deducciones.

«Cosa sabida es de todo el mundo que de la lucha de románticos y clásicos se vino á un eclecticismo, especie de amigable componedor que impuso durante algún tiempo leyes, acatadas más ó menos religiosamente, pero acatadas al fin por los dos bandos. El eclecticismo era un compuesto de los respetos de los neo-clásicos al ideal plástico del arte pagano y de los atrevimientos impresionistas de la paleta realista de los románticos. Mas la parsimonia que exigía la estética clásica para la traza de la figura y las condiciones psíquicas que debían regir al artista para interpretar ó sentir la forma, como la interpretaran ó sintieran los artistas coetáneos de Pericles y aun de Filipo, no pudieron seguir imperando por las diferencias de raza, de ambiente social, por razón de la absoluta diferencia de tiempos, gentes y cultura y por otras tantas razones más, y hubo que buscar un nuevo arquetipo; y ese arquetipo no se podía buscar sino en la mujer con corsé y en el hombre con pantalones y frac. Ya puesto en rumbo, marchó el gusto por el camino del realismo hasta dar de bruces en el naturalismo. Claro es que á esta marcha de frente hacia la interpretación de la naturaleza, mejor dicho, hasta llegar á convertir el pincel y el cincel en simple copador de lo agradable y de lo repulsivo, como puede hacerlo la máquina fotográfica, contribuyó de un modo eficazísimo el determinismo científico, ayudado por el fatalismo filosófico; pero esto no es para tratado ahora.

»Es innecesario decir que el color marchó paralelamente con la forma. De la luz suave y tranquila del «estudio» pasa la paleta á pintar al aire libre, con ciertas reservas primero, más tarde empeñándose en copiar los más violentos contrastes de la luz de sol, guiándole únicamente el deseo de producir en la retina el mismo efecto que la realidad. Pues bien: al llegar á este punto nos encontramos con que enfrascados los artistas en el empeño de ser *sinceros* como reza el «argot» del arte, echaban mano de cuanto más á propósito les parecía para hacer gala de brillantes de color, y caímos (hablo aquí en España) sobre los casaques de nuestros abuelos, y sobre los jaiques y los tapices morunos, y sobre las trusas y las ropillas de las gentes de los siglos xv y xvi como las moscas sobre un panal de miel. Pero todavía no habíamos pensado en que la pintura de «Historia» era convencional. A llamarnos la atención respecto de este particular vinieron juntamente con los «impresionistas» y los «servilistas» (por lo que se refiere á la copia minuciosa del objeto) la teoría de la escuela naturalista literaria (el manoseado *documento humano*) y el movimiento social de las clases obreras, amén de otras ideas, así filosóficas como científicas. Pasamos, pues, como recordarás, de los cuadros donde reyes y caballeros de otros siglos figuraban, á pintar labriegos y marineros y escenas de la vida urbana; y aun descendiendo á los grados inferiores del arte pictórico, el paisaje y la marina vinieron á sustituir en gran parte á aquellos cuadros de género y costumbres que tan maravillosamente pintaron y pintan artistas como Zamacois, Rui-Pérez, Aranda (don José), Garrido y Román Ribera.

»Cuando más á gusto marchábamos pintando el *documento humano* cogido al acaso, en la calle, en el café, en el muelle del puerto ó allá en la aldea en compañía de las vacas; cuando todos nuestros esfuerzos se dirigían á pintar chopos y peñascos, puestas y ortos del sol, toreros y chulas, señoritas y «demi-mondaines», gañanes y mozas de cántaro; cuando creíamos sinceramente, unos que la nota recogida en un decir Jesús, ya fuese esta nota la abigarrada de una romería, ya la uniforme de las multitudes urba-

nas, ya la de la coloración de una puesta de sol; etc., otros que la fidelísima copia del modelo fuese el que quisiera, y la reproducción de las más vulgares escenas de la vida social, nos llevaba de cabeza á la inmortalidad, amén de lo de haber *descubierto* el realismo y el naturalismo, comienzan á soplar aires de fronda que por venir del Norte de Europa helaron nuestros entusiasmos, aun cuando ya debíamos de haber observado lo «frío» de la indiferencia con que las gentes todas comenzaban á mirar los dichos rumbos artísticos. Como es costumbre en nosotros, volvimos los ojos á Francia y los clavamos en París con el fin de orientarnos. Pero en París estaban (y siguen estando) á la misma altura que nosotros; es decir, peor que nosotros, porque no sabiendo á qué santo encomendarse, así pretendían marchar por los trigos del bucolismo, ya por los antiguos y trillados campos de la pintura histórica, bien por los derroteros del naturalismo, ora por los del neo-misticismo, bien por los del simbolismo, como trataban de inventar una nueva escuela que por broma sin duda diósele en llamar *decadentista*.

»Hasta aquí no he venido haciendo más que un ligerísimo y por lo tanto deficiente estudio de las principales evoluciones, tendencias ó como quieras llamar á todas esas manifestaciones del arte contemporáneo; tócale ahora el turno al arte del actual «momento histórico», en que vamos á estudiar una Exposición de Pintura y Escultura, á la cual concurre la gente nueva y la ya conocida de nuestra patria. ¿Cuál es, en medio de la confusión que, como acabo de decir, reina en el campo de las ideas estéticas y de sus manifestaciones plásticas, la tendencia, la escuela, la evolución ó lo que sea, que más prosélitos parece tener? *Ecco il problema*, como tú has dicho. Si por la importancia del número y de la magnitud de los lienzos juzgamos, es indudable que el misticismo idealista gana la partida; pero frente á esta reacción aparece más ó menos disfrazada otra tendencia, la socialista; y por cierto que no son mancos los artistas que defienden la tal tendencia. ¿No hay más ideales en discordia? Hay otro más, el bucolismo (dispensa lo galo de la palabreja). Esto por lo que se refiere á los motivos inspiradores, á la idea; en cuanto á la plástica, ya es más difícil la orientación en el océano de cuadros que anega las salas del Palacio del Hipódromo; sin embargo, observo que el impresionismo (y van dos) tiene número grande de devotos, especialmente entre paisajistas y marinistas; repara que digo *especialmente*, pues también entre los artistas de los demás géneros pictóricos cuenta con bastantes adeptos. Con los impresionistas han venido los «servilistas», en mucho menor número. ¿Existe unidad de criterio en la interpretación de esas maneras? Si, casi en absoluto puedes afirmararlo. El *toque*, la *factura*, hasta el modo de poner la pincelada es en todos ó casi todos los pintores una misma cosa; en lo que no están conformes es en *sentir* el color; no parece sino que se han puesto de acuerdo para desentonar. ¿Cuál es el fin que por lo visto persigue el arte actualmente, así en lo subjetivo como en lo objetivo? Pregunta esto cuando hagas tus estudios críticos; pero ten en cuenta que tú debes saberlo ó por lo menos adivinarlo, si es que no crees en que la finalidad del arte, ayer, hoy y siempre es la belleza.

»Y no olvides la escultura. También de las equivocadas tendencias de la escultura puede y debe decirse mucho. La escultura tiende á invadir el campo de la pintura, al preocuparse más de la manera que de la línea; al buscar con afán pernicioso el asunto vulgar, los retorcimientos de la forma y los motivos psicológicos, inexpresables por el medio plástico del modelado con barro. También nuestros escultores van cayendo en la trampa de los impresionistas.

»He aquí lo que debes decir en ese artículo. Es menester que pongas en autos á tus lectores; pues si no, corres el riesgo de que no te entiendan. Claro está que con lo dicho no puede nadie hacerse cargo de las tendencias reinantes, ni adivinar adónde vamos á ir á parar; pero ni tú ni yo ni nadie creo que, á estas alturas, sepan tampoco adónde vamos. Certo que tú tendrás tu modo especial de juzgar este maremágnum; pues bien, ese criterio tuyo, personal, así como las razones en que te apoyes para tenerlo, debes exponerlas en los próximos artículos, para que partiendo de él, puedan apreciar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el valor de la obra expuesta en el Palacio del Hipódromo.»

Calló mi amigo; y como me pareciesen aceptables su consejo y sus observaciones, cogí la pluma y trasladé á las cuartillas su discurso.

Tal y como él lo pronunció, aquí lo dejo estampado; declinando en mi dicho amigo la responsabilidad que caberme pueda por no haber escrito una *crónica*.

R. BALSA DE LA VEGA

# Valeriano D. Bécquer.



La bendición de la comida, cuadro de Valeriano Domínguez Bécquer

## SEMBLANZA

Duélese el alma de verse encerrada en la cárcel del cuerpo, cuyos ojos no ven más allá de lo que le representa el mundo sensible. Y el alma del artista, con sus ansias y aspiraciones á lo infinito, se acorcha doblemente dentro de la humana máquina, que no responde sino de un modo desmayado y limitadísimo á aquellos impulsos, presentimientos y abstracciones.

Y sucede, en este combate interno y eterno, entre el espíritu que ansía por volar y acercarse á lo absoluto, y la materia que tiende á arrastrarse en busca de lo limitado, de lo tangible y comprensible para los sentidos, que á un tiempo se quebrantan las fuerzas del alma y del cuerpo, concluyendo éste por rendirse á las sacudidas interiores y mirar á la tierra con triste y amoroso deseo de reposo, y aquélla por encogerse y esperar en lo más recóndito, escuchando la voz de lo alto que, como á Edipo, le grita: ¡Cuánto tardas! ¡Ven!, el momento en que la materia se rompa, para ir en un solo empuje de sus alas á la mansión de la eterna verdad.

Por eso hay muertos que viven. Por eso los hermanos Bécquer, el gran poeta y el tan olvidado como insigne pintor de costumbres, vagaban en los últimos años de su existencia por aquellas soledades de Veruela, y por las calles de ciudades que, como Toledo, Segovia, Soria, Ávila, con sus ruinas y sus reliquias históricas y sepulcral silencio, no incitando á la materia con sensaciones externas de fuerza positiva alguna, daban á las almas de los dos soñadores hermanos espacio grande en que girar, en donde moverse y remontarse hacia aquellos mundos del sentimiento, en los cuales ansiaban vivir. Por eso, el cuerpo, frágil al fin, hubo de ceder á tales extremos amorosos, y roto, primero el de Valeriano, nueve ó diez meses después el de Gustavo, abrir paso á las almas. La enfermedad que á los dos llevó á la tumba, ¿para qué saberla?; Gustavo la dijo en una sola palabra; he aquí cómo:

Había muerto Valeriano, hacía pocos días; Gustavo marchaba por la Puerta del Sol pausadamente, mirando sin ver, en espera del momento en que debía reunirse con su hermano. A arrancarle de su soledad, en medio de tanta gente como por allí transita, fué una voz conocida. El poeta volvió el rostro y estrechó la mano de un amigo cariñoso, á quien no veía desde algún tiempo. Ramón Correa, el autor de *Rosas y Perros*, que éste era el amigo, con voz temblorosa por la emoción y mirando la exangüe y triste cara de Gustavo, «¡Pobre Valeriano! — dijo. — ¿De qué ha muerto?» Gustavo siguió andando y sin mirar á Correa, exclamó: «¡De muerte!»

\* \*

Por todas las anécdotas que de Valeriano puedan contarse, vale lo que voy á relatar; relato que seguramente, hasta ahora, no habrá sido hecho por nadie. Una feliz casualidad me hizo conocer al modelo que sirvió al insigne pintor para que trazara la magistral y típica figura del *Sastre de aldea*, que publicaron varias *Ilustraciones* y periódicos ilustrados. A dicho modelo debo, pues, la honra de escribir esta página, sencilla y terrible á la par, de la vida íntima de Valeriano Bécquer.

Pocos serán los que sepan que el artista era casado; pero muchos los que no ignoran las aficiones artísticas y literarias de ambos hermanos Bécquer. Románticos, pero dentro de la realidad, tenían un cariño inmenso á Shakespeare, en quien se reúnen las condiciones de una fantasía ardiente, de un romanticismo sublime y de una observación profunda de la sociedad y del corazón humano. Así, las figuras de los grandes dramas del inmortal inglés eran para los dos artistas tipos de carne y hueso, que pertenecían á aquel mundo de sus ensueños, donde las grandes pasiones y los efectos más elevados y puros se amalgamaban para dar plasticidad á hombres, mujeres y cosas. Y de las creaciones de Shakespeare los ídolos de Gustavo y Valeriano eran Ofelia y Hámlet.

Ciertamente que las gentes supersticiosas, de ocurrirles lo que á ambos hermanos, por sus cariños al príncipe de Dinamarca y á la hija del Chambelán del rey, desde luego hubiesen tenido por fatales los citados cariños. Y digo esto, porque bien sabida es la causa por la cual Gustavo dejó de ser empleado en el ministerio de Hacienda. Hallábase una tarde dibujando (Gustavo dibujaba muy bien) una escena del *Hámlet*, y al mismo tiempo, sin levantar la cabeza, iba diciendo á sus compañeros de oficina: «Este es Hámlet; esta es Ofelia, que le escucha llena de amargura; estos que están aquí, detrás de la cortina...» ¡Reparó que todos sus compañeros habían cogido las plumas respectivas y trabajaban muy atareados, y cuando les iba á preguntar la causa de tan repentina labor, escuchó una voz grave y severa, que á sus espaldas decía: «Aquí sobra uno.» El poeta dibujante se vuelve, ve al director general del departamento, y cogiendo el sombrero termina la frase de su jefe, diciendo: «Y este que sobra, se larga ahora mismo á la calle.»

El susodicho jefe escuchó del ministro las más agrias censuras.

— ¿No sabe usted distinguir de colores, señor director?

Pues bien: á Valeriano, la fatalidad de su temperamento le causó una honda y amarga pena. Una tarde, no sé dónde, ve pasar delante de él una belleza del «Norte.» Sintió el pintor emoción intensa al mirar los rubios cabellos de aquella joven, finos, blondos, deshaciéndose en suaves rizos sobre el terciopelo negro del abrigo que cubría los hombros juveniles. Avanzó, miró al rostro de la desconocida; era una niña de diez y ocho años, blanca, de ojos azules como el cielo de Escocia en mañana de estío, cuando las nieblas, rasgándose en largos girones, van á replegarse en las cumbres de las montañas de la verde Erin, y dejan que el sol brillante el espacio y la límpida y fresca atmósfera. El pobre Bécquer creía mirar á Ofelia.

Gustavo tenía gran fe en su hermano, y tuvo ansia de conocer á la que así evocaba en la mente del pintor y de modo tan vivo la soñada é impalpable figura de la amante de Hámlet. La vió. «Verdaderamente es una aproximación grandísima,» dijo á Valeriano.

Y Valeriano, atraído por aquella hija de la tierra romántica por excelencia, figura delicada y vagorosa como la que viera el caballero de Snowdon guiando ligero esquife en escondido lago, vivía en fiebre con-



tinua esperando el momento de verla. Por fin pudo hablarla, logró enamorarla. A la hija del Norte debió parecerle el artista hombre digno de ella, y le amó también.

— ¿Te casas?, interroga Gustavo á Valeriano.

— Sí.

— ¡Adiós ilusión! Ofelia muere ahogada. Más te valiera que te contentases con quererla. ¿Sabes tú lo que hay detrás del azul del espacio?

— ¿Qué me importa eso?

— Un infinito; lo insondable. El color azul oculta lo que no puede medir la vista humana.

Y diciendo esto, Gustavo dió la espalda á su hermano, pensando quizá en que también los ojos verdes, como las aguas del mar, ocultan un abismo.

Se casó el pintor. Poco tiempo después marchaban Gustavo y Valeriano á Toledo. Allí estuvieron largo tiempo. Valeriano fué á las montañas de Soria y de Navarra; la Naturaleza le consolaba de honda tristeza; la vista de las costumbres sencillas de los habitantes de aquellos ignorados lugares le inspiraba sus más preciosos cuadritos.

Una tarde, hallábase en Sevilla, recostado en el quicio de la puerta de un comercio, hablando con varios conocidos. De pronto los ojos del pintor adquirieron un brillo extraordinario, y con la vista fija en una mujer rubia que avanzaba por la calle, en dirección del sitio donde él estaba, fué siguiéndola. Cuando aquella mujer hubo traspuesto de Valeriano un poco, éste respondiendo á algo íntimo, «¡No era Ofelia!» murmuró.

\* \*

Un suceso cómico les acaeció en Toledo á ambos hermanos.

Paseaban una noche á la luz de la luna por las tortuosas y empinadas calles de la imperial ciudad, contemplando por centésima vez las altas y esbeltas agujas de la catedral; cómo brillaba, cual si fuese de plata, la afligranada torre de aquel templo que tantos hechos históricos presenció, que á tantos ilustres próceres y magnates sirve de panteón, que tantos años y quizá siglos seguirá recordando todavía á las generaciones que se sucedan; cómo España llenara el mundo con su poder, y cómo esa misma España, rueda al cabo de tan alto á la obscura sima de la más grande de las decadencias siglo y medio más tarde. Paseaban, digo, Valeriano y Gustavo, parándose, ora delante de San Juan de los Reyes, para discutir acerca de la belleza de aquel monumento del ojal florido; ora delante de la adusta y colosal mole del alcázar, cuya sombra se proyectaba sobre una parte de la ciudad agrupada á sus pies; ora en escondida plazoleta, donde un farol con su lucecilla de

aceite apenas iluminaba la angustiada y sangrienta faz de un Cristo, adosado á la pared de un convento de monjas, quienes en aquel instante, la media noche, hacían sonar la esquila, cuya voz aguda, repercutiendo en las revueltas callejas vecinas, solitarias y sumidas en medrosas tinieblas, parecía el lamento del alma de cualquiera de aquellos nobles musulimes que por divina permisión volvía á la ciudad querida, entonces tan poderosa, hoy tan triste, á llorar grandezas pasadas, cuando ambos hermanos notaron que, escondido en la sombra, alguien les seguía.

Eran aquellos días días de políticos trastornos; mas como quiera que ellos nada tenían que ver con Narváez ni con los progresistas, se encogieron de hombros, y volviendo á sus interrumpidas discusiones artísticas y arqueológicas, continuaron su paseo por la ciudad. Pero cátese que cuando estaban más enfrascados mirando á un edificio y censurando algo que la falta de celo de las autoridades había hecho digno de sus censuras, la sombra perseguidora avanza, y poniéndole la mano en el hombro á Valeriano,

— ¡Alto!, dijo. En nombre del gobernador, dense ustedes presos. He oído lo que ustedes decían de la autoridad, y por conspiradores vengan ustedes detenidos al gobierno civil.

— Pero hombre, exclamó uno de los hermanos. Usted debe estar soñando ¡Qué conspiradores ni qué niño muerto!

— En nombre de la ley, digo y mando que vengan ustedes conmigo, repitió muy alterado y muy toscó, como tienen por costumbre esas gentes. Y no traten de escapar, porque ya he tomado mis medidas oportunas.

Miráronse Gustavo y Valeriano, y este último contestó:

— ¡Bueno, hombre, bueno! Vamos andando.

En efecto; el celoso polizonte, después de dejar confiados los conspiradores á dos de sus subalternos, entra en el despacho del gobernador de la provincia y le dice que acababa de detener á los sujetos cuya captura le interesara aquella tarde; añadiendo que eran los mismos cuyas señas telegrafiara el ministro de la gobernación; además de que él les había oído *todo*.

El señor gobernador se echa apresuradamente de la cama, y manda que lleven á su presencia á los detenidos. ¡De «aquella» sí que se zampaba en un gobierno civil de primera clase!

Entran los hermanos, y lo primero que hizo Valeriano fué ponerse á mirar al techo, donde se veían algunos arabescos; y dándole un golpecito á Gustavo, le señaló lo que le llamaba la atención, sin pararla en que la primera autoridad de la provincia les miraba de hito en hito.

— ¿Cómo se llama usted?, — interroga el gobernador á Valeriano.

— Valeriano Bécquer.

Hizo un gesto el gobernador y prosiguió.

— Su oficio ¿cuál es?

— Pintor.

— Pintor, pintor, mascullaba la suprema autoridad civil de Toledo.

— Y usted, ¿cuál es su nombre de usted?, preguntó á Gustavo.

— Gustavo Adolfo Bécquer.

El gobernador suspende el interrogatorio, y mirando fijamente á Gustavo,

— Pero, vamos á ver: ¿los hermanos Bécquer?..

— Servidores de usía, responden ambos.

— Pero ¡qué conspiradores me trae usted, animal!, increpa el gobernador á su delegado.

— Conspiradores, dice el policía sospechando que había cometido alguna barbaridad de *á folio*. Sí, señor gobernador, yo les he oído censurar á las autoridades y al gobierno, y hablar de bocinas, cañones y otras cosas de esas.

Los detenidos soltaron el trapo, dando grandes risas.

— ¡Pobre hombre! Nos ha oído hablar de arcos de bocina ó abocinados, de bóvedas de cañón, etc., ¡ahora nos explicamos las confusiones de su subalterno!

Y volvieron á reír todavía con más ganas.

Excusa decirse que el gobernador, para quien no eran desconocidos, por lo menos de oídas, los hermanos Bécquer, se apresuró á darles toda clase de explicaciones, rogándoles que las aceptasen, así como un banquete que en su honor organizó la primera autoridad gubernativa de Toledo.

\* \*

Preguntábase á Valeriano un colega suyo por qué iba á países tan tristes y tan poco pintorescos en busca de asuntos para sus cuadros.

— ¿Tristes? Tristes son todos, cuando se está triste; y pintorescos son todos también, cuando se miran con los ojos del alma.

Mirando en cierta ocasión varias acuarelas y cuadros de Fortuny, quien ya comenzaba por entonces á imponerse al mercado artístico como firma de gran porvenir, estaban con Valeriano Bécquer varios otros pintores. Todos elogiaban al artista reusense maravillados de la factura, del color y del elegante dibujo que campeaban en aquellas obras. Bécquer no era de los que menos admiraban los prodigios hechos por Fortuny.

— ¡Vaya, señores!, exclamó uno de los que más entusiasmados estaban. Hay que confesar que este es un mozo de cuenta. Es un «pintorazo.»

— Sí, dijo Valeriano. Es un «prestidigitador» maravilloso.

\* \*

Al señalar en esta galería de biografías anedócticas un puesto á Valeriano Bécquer, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cumple con un deber de justicia. Bécquer es el primer pintor de costumbres rurales que ha tenido España; y no solamente el primero, sino uno de los artistas de gusto más delicado, de los más sinceros y de los más personales que, quieran ó no las gentes, registra la historia del arte contemporáneo.

¡Ya quisieran Millet y Courbet, para los días de fiesta, la corrección y el buen gusto del amator de Ofelia!

R. Balsa de la Vega

### VENGANZA HUMANA Y JUSTICIA DIVINA

La diligencia corría por un camino lleno de baches y polvoriento en dirección al valle, donde estaba situado el pueblo punto de nuestro destino.

Al llegar á una eminencia desde la que se divisaba perfectamente el llano por el cual corría un manso río orlado de agradables arboledas que formaban marcado contraste con la aridez que nos rodeaba, mi amigo Julián, que me acompañaba en aquella excursión y era perfecto conocedor del país, me dijo designándome una hondonada á la derecha de la cuesta que empezábamos á bajar:

— Como puede usted ver, ese barranco es una cantera, hoy abandonada, en la que no ha muchos años ocurrió un dramático episodio que demuestra hasta dónde puede llegar el ruin espíritu de venganza de algunos hombres de corazón cobarde.

— Aunque supongo que será una historia triste, ruégó á usted que me la cuente, y de ese modo el interés que en mí excite me hará más llevaderas las molestias de este viaje.

— Lo haré de buen grado, aunque como usted presume bien, la historia es triste.

«Como acabo de decir, hace poco tiempo habitaban en ese pueblo que desde aquí se divisa dos familias, antes amigas, pero que una mezquina cuestión de intereses, que motivó un litigio, acabó por desavenir. Sabido es lo que esta clase de cuestiones son en las poblaciones de corto vecindario, las rencillas que ocasionan, los rencores que engendran, las malas artes que inspiran, y los disgustos, la intranquilidad de todos los momentos que producen en el seno de las familias.

«El jefe de una de las dos á que me refiero, Pablo Mont, hombre avaro, de intención aviesa é hipócrita y taimado, no pudo soportar desde el primer momento que hubiera quien se opusiese á sus miras por más que la razón le acompañase, y como en toda persona de alma menguada suele suceder, el pleito que sostenía con su antiguo amigo y vecino Luis Rada, al infundirle el temor de que su capital pudiera sufrir algún sensible menoscabo, dió creciente pábulo á sus perversas intenciones. Falsedades, calumnias, amenazas, á todo apeló para salir victorioso; mas de nada le sirvieron, pues los tribunales, en primera y segunda instancia, dieron la razón á su contrincante.

«Un furor reconcentrado, obscuro, pero disimulado bajo mentida máscara de resignación, ardió en su pecho cuando se convenció de que no le quedaba más remedio que ceder, y ya sólo pensó en tomar la más completa venganza de quien, en su concepto, había sido causa de la merma de su capital. Cualquiera otro hombre de corazón más entero, siquiera poco noble, habría procurado arbitrar un medio de satisfacer esa venganza directa y personalmente en aquel que causaba su ira, pero Pablo era cobarde; no se atrevió á tanto, é inspirado sin duda por el mismo demonio, adoptó el plan más inicuo que el rencor pueda sugerir á una imaginación desequilibrada, y del que la historia antigua ofrece algún ejemplo.

«Luis Rada estaba casado, y tenía una hija, preciosa niña de seis años, que era el encanto y el orgullo de sus padres. No pudiendo, ó mejor dicho, no atreviéndose Pablo á hacer sentir corporalmente todo el peso de su rencorosa saña á Luis, se le ocurrió causarle en el alma la más profunda herida que pue-

de sentir el corazón de un padre amoroso, atentando á la vida de su hija. Para llevar adelante su malévol plan, fingió algún tiempo estar conforme con la pérdida del pleito, reconocer la razón que asistía á su contrincante, seguir cultivando la amistad de la familia y prodigar toda clase de halagos y caricias á la tierna niña.

«Un día que juzgó oportuno para sus fines, y cuando más confiados estaban sus padres, se la llevó con engaños hacia estos solitarios sitios, y en el borde de esa cantera por la que acabamos de pasar, allí donde las malezas la ocultan á la vista de los viandantes, satisfizo con horrorosa crueldad en aquel ser inocente toda la rabia largo tiempo reconcentrada en su pecho, estrangulando despiadadamente á la infeliz criatura. Ningún testigo tuvo este crimen, y Pablo se retiró á su casa tranquilo y persuadido de su impunidad.

«La zozobra de los padres de la desdichada víctima fué grande cuando notaron su desaparición, y aunque en los pueblos es cosa frecuente que las criaturas salgan solas por los alrededores, el corazón de Luis, así como el de su esposa, les hacía temer una desgracia. Cuanto más tiempo transcurría, mayores eran su sobresalto y su alarma; el padre por un lado y la madre por otro indagaron, preguntaron, recorrieron todas las inmediaciones, practicaron continuas pesquisas, ayudados por algunos vecinos de buena voluntad, hasta que á los dos días uno de éstos, que había salido de caza y guiado por el penetrante olfato de su perro, dió con el cadáver de la niña y llevó al pueblo la terrible noticia del asesinato.

«Al saberla la desesperada madre corrió desolada, fuera de sí, al sitio indicado; pero su misma tribulación le impidió al pronto dar con él; el temblor que agitaba todo su cuerpo, el frío sudor que corría por su frente velándole los ojos, la creciente congoja que de todo su ser se había apoderado y que la obligaba á andar vacilante, no le permitían reconocer bien el terreno, y subía y bajaba por aquella cuesta, agitada, jadeante, mirando, pero casi sin ver, buscando sin encontrar, tropezando aquí, cayendo allá, saltando pedruscos y agarrándose á las breñas con desesperado afán. De pronto, sus ojos se fijaron en un bulto que entre éstas se hallaba escondido, y en el que reconoció el inanimado cuerpo de su hija. Quiso correr hacia él, pero sus pies se negaron á andar; quiso gritar, pero la voz expiró en su garganta, y soltando la maleza á que estaba asida, abriendo desmesuradamente ojos y manos, fascinada, atraída por aquel espectáculo, anhelando precipitarse á estrechar contra su corazón aquellos restos idolatrados, perdió la conciencia de sí misma, flaquearonle las piernas, y se desplomó su cuerpo, que cayó rodando de piedra en piedra hasta llegar al fondo de la cantera, donde pudo recogerla su esposo, que, no menos atribulado, había corrido en su seguimiento.

«Trasladada á su hogar, con el cuerpo terriblemente magullado, á fuerza de cuidados se logró hacerla volver á la vida, pero no á la razón... la infeliz madre se había vuelto loca, y aunque, después de estar postrada largos días en el lecho, logró sanar de sus heridas y contusiones, no ha recobrado el juicio, y loca continúa, creyendo tener siempre delante el cadáver de su hija.

«Tal es, amigo mío, el triste episodio á que aludía, y tales los horrorosos efectos de una venganza baja y cruel.»

— ¡Y el autor del crimen?, pregunté.

— El autor del crimen, contestóme mi amigo, fué perseguido por la justicia con motivo de ciertos indicios y sospechas; pero como había meditado y preparado bien su plan, pudo probar la coartada y se hubo de sobreeser la causa por falta de pruebas. Pero lo que la justicia de los hombres no pudo hacer lo hizo la justicia de Dios.

— ¿Cómo así?

— Un día que regresaba al pueblo por ese mismo camino, sorprendióle la noche cerca de la cantera, noche tempestuosa y fría. Como arreciara la lluvia y por esa cuesta bajara el agua á torrentes, quiso guardarse en una de las excavaciones de esa cantera, y así lo hizo con ánimo de esperar que abonanzara un tanto y poder llegar al pueblo. Mas al poco rato de estar en su refugio, rasgó el firmamento un vivísimo relámpago, estalló casi inmediatamente un horrísono trueno, cuyo estampido repercutió en todas las anfractuosidades de esas peñas, y la conmoción que éstas experimentaron por efecto del fragor, así como por el diluvio que seguía cayendo, hizo que se desgajaran algunas sobre la excavación en que el criminal se cobijaba, dejándole aplastado con su peso. El verdugo había perecido en el mismo sitio que su víctima.

La Providencia, que no deja impune la maldad de los hombres en la otra vida, suele dar en ésta anticipados ejemplos de su justicia. — M. A. S.



VENGANZA HUMANA Y JUSTICIA DIVINA. - Abriendo desmesuradamente ojos y manos, perdió la conciencia de sí misma...

## CARICATURAS

## I

— ¡Pobre Nicanor!, exclamó Manuel en su reunión del café de Levante.

— Pero ¿qué le pasa para merecer esa exclamación compasiva?, le preguntó Paco.

— Pero ¿no lo sabéis de veras?

— De veras no lo sabemos, contestaron Paco y los demás amigos.

— Pues que se halla á dos dedos de la locura, con la más extraña sugestión que imaginarse puede.

— ¿Se ha lanzado como D. Quijote en busca de aventuras?, interrogó uno.

— No, precisamente; pero me alegro de que evocéis semejante recuerdo, porque el estado de nuestro pobre amigo es muy parecido al del hidalgo Quijada y debido á causas análogas.

— Hombre, cuenta, que el preámbulo promete.

— Pues estadme atentos.

Y Manuel, después de consumir lo que restaba de su taza de café, comenzó su relato en estos términos:

## II

— Ya conocéis á Nicanor. Él no fué nunca un gran estudiante, ni ha calentado muchas sillas en las bibliotecas; pero en cambio, tiene una pasión desenfrenada por la prensa festiva. No hay día en que no se gaste unos cuantos reales en periódicos y se pase después las horas muertas engolfado con ellos. *Madrid cómico*, *Barcelona cómica*, *Blanco y negro*, *La Lidia*, *Don Quijote*, *Gil Blas*, *La Gran vía*..., no hay periódico callejero que no adquiera, lea y devore con la vista. Los caricaturistas Pons, Melitón González, Cilla y *Mecachis* son su delicia, y en cuanto á los escritores de tanda, hay dos por los cuales daría su propia sangre: Eduardo de Palacio y Luis Taboada.

— Bien; pero hasta ahora no vemos en eso nada de particular: todos gozamos con los trabajos de esos escritores y artistas.

— Tened un poco de paciencia, y ya iréis viendo lo que es bueno, mejor dicho, lo que ha sido tan malo para nuestro pobre amigo. Todos nosotros disfrutamos efectivamente viendo una caricatura hecha á lápiz ó á pluma, y á lo sumo, nos hace recordar á tal ó cual individuo de la vida real por su parecido físico ó analogías morales; pero el desgraciado Nicanor, á semejanza del hidalgo manchego, á quien se volvieron los sesos agua leyendo á sus *Amadises* y *Esplandianes*, á fuerza de leer á Taboada y Palacio y de admirar á Melitón y Hermúa, ha llegado á ver el mundo, no como es realmente, sino como lo ven y lo pintan aquéllos. Si observa á un hombre con las orejas un poco largas, las ve crecer y dilatarse y terminar en punta como las de los borricos; una nariz mediana desaparece para él y se borra; una afilada se aumenta hasta verla convertida en un cucurucho; una boca algo rasgada llega para él hasta las orejas; y en el orden moral encuentra siempre las más extrañas aberraciones.

— Pues no arriendando la ganancia á la pobre familia.

— ¡Ya lo creo! En cuanto llega á su casa dice á la mujer:

— «Pero, hija mía, tápate esos pies, que parecen propiamente dos cestas besugueras.» Después se dirige á su suegra y exclama:

— «¡Hola, doña Bruna! Usted siempre tan guapa, con su nariz que parece una manga de riego y ese precioso color de remolacha mediatubunda. ¿Y mis niños? ¡Ah! Ya los veo: Arturito hecho una medalla de alto relieve sobre unas tenacillas de rizarse el pelo, y Elena convertida en una aceituna sevillana picada por los gorriones. Pero ¿y el pequeño? ¡Si está chorreando el pobre! Mira, esposa mía, retuércelo bien y ponle sujetito con unos alfileres en la cuerda del balcón para que se oree...» Y embargado por el paternal cariño, dice á la niña:

— «Ven acá cuerpo de chocolatera, cara de media tostada de abajo; ven, que he de comprarte un sombrero de moda con sus dos cuernecitos y un gabán con solapas de á vara... Vas á parecer un figurín hecho por Cilla y á promover el asombro de Taboada, á quien te presentaré á la primera ocasión.» La mujer, para cambiar el rumbo de las ideas de Nicanor, le pregunta:

— «¿A quién has visto en la oficina?

— «Pues á los de siempre: al director general, que en vez de hablar estornuda y humedece á sus interlocutores; al jefe de negociado, que parece sentado á tuerca en algún palo del asiento de la silla y que discurre lo mismo que un marmolillo solitario, y á los escribientes Peláez, Rizo y Pozuelo, arrancados de algún tapiz descolorido y que se deshilachan trabajando.»

— «¿Traerás ganas de comer?

— «Sí, dame cualquier cosa: congrio fluvial, filetes que no sean de imprenta por lo duros, tortilla anterior á la germinación de los pollos... ¿Hay queso?

— «Sí, un poco de Roquefort.

— «Pues dale una voz para que se venga andando él solo. Ahora retira el enjuague, que es para lo último...»

— «¿Qué enjuague, si es la sopa?

— «¡La sopa!.. Es verdad: no había notado que me está mirando, porque supongo, cuando tiene ojos que será para que mire. Perfectamente. Dame ahora infusorios en su elemento y algo de Valdepeñas, aunque esté cristianizado contra su voluntad. Y qué, ¿ha venido alguien á buscarme?

— «Un señor de edad...»

— «¿Alto como un poste de telégrafos, con piel de clientes y guantes á los que se oye ladrar todavía?..»

— «Alto, sí que lo era; pero no he reparado en lo demás.»

— «Sí, es un escribano manchego, que todos los días se corta las uñas de los pies y nunca las de las manos y come sandía con cuchara. Buena persona... Padece de mal de piedra, acaso por haberse comido un cargamento de adoquines, y ahora trata de fundar una empresa para utilizar en grande escala el pelo humano, contratando todo el que se corta en las peluquerías y el que pueden facilitarle los enterradores.»

— «También ha venido tu amigo el poeta.

— «Sí, á leerme un drama. Le habrás dicho que no estaba, que no estaré nunca mientras no se le pierda á él el manuscrito... Figúrate que se ha empeñado en leérmelo para que lo recomiende á un compañero de oficina, cuya portera es hermana de la mujer del primo de un comparsa del teatro Español. Yo escucharía la lectura de su obra utilizando cualquiera de los días en que me acomete la sordera; pero sobre que no puede fijarse esto de antemano, el tal poeta tiene una voz de trueno que penetra hasta los más gruesos taponos de algodón en rama.»

— «Pues ha quedado en volver.

— «Bueno; pues si vuelve, utiliza la carabina de cuando fuí miliciano, y que todavía debe conservar la carga por no haberme atrevido á sacarla. ¡Ah! Me olvidaba decirte que hoy me ha echado el jefe un sermón, viendo que estaba haciendo pajaritas de papel...»

— «Claro, por el papel blanco que gastarás...»

— «Precisamente para no gastar papel iba utilizando las hojas de un expediente que había recomendado mucho el ministro...»

— «¡Pero, hombre, te van á dejar cesante!

— «¿Y qué? Me dedicaría al dibujo, para el cual tengo grandes aptitudes.»

— «No había notado...»

— «¡Vaya! Sé poner un papel transparente sobre un dibujo cualquiera, y siguiendo los contornos con un lápiz me resultan caricaturas preciosas. ¡Si vieras cómo se parecía á las de Pons una que hice esta mañana!

— «¡Como que la calcarías de Pons!

— «¡Naturalmente!»

— Basta lo dicho, queridos amigos, para que podáis apreciar la triste situación á que ha venido á parar nuestro infeliz compañero Nicanor, para quien el mundo es una inmensa caricatura nada más. Todo lo ve abultado, retorcido y deforme; sus ideas se han perturbado, sus conceptos son más alambicados cada día, y ayer mismo, hallándose en una peluquería, estuvo á punto de tener un serio disgusto, porque se acercó á un parroquiano que tiene varios quistes en la cabeza (y de quien se cuenta que no es muy feliz en su matrimonio), y pasándole la mano por ellos, dijo con la mayor naturalidad: «¡Ya brotan! ¡Ya brotan!» El hombre se levantó para arrojarse sobre él; pero se interpusieron los oficiales de la peluquería y algunas otras personas, haciendo prudentes observaciones al ofendido, mientras Nicanor, cogiendo una toalla en la mano izquierda y un paraguas en la derecha, repetía á grandes voces, pero á respetable distancia: «¡Dejádmele á mí!.. ¡Fuera del ruedo todo el mundo, que soy *Guerrita!*»

## III

— Pero á propósito de Nicanor, dijo uno de los contertulios. ¿No es ese que viene hacia nosotros?

— Efectivamente.

— Pues silencio respecto á todo cuanto hemos dicho y observémosle, dijo Manuel.

— ¡Nicanor!

— ¡Nicanor!

— ¡Ah! ¿Sois vosotros? No podéis figuraros lo que me alegra vuestro encuentro, y eso que me parecéis hoy algo raros. ¡Qué narices más afiladas las de Paco! ¡Qué labio tan caído el de Manuel!

— Sí, sí: ya lo habíamos notado; pero explícanos por qué te alegrabas de vernos.

— ¡Ah! Es verdad; para daros cuenta del descubrimiento que acabo de hacer. ¿No os habéis fijado? Se han venido á Madrid todos los locos de Leganés y Ciempozuelos y ahora van á llegar los de casa de Esquerdo. Fijaos bien: unos dicen que son diputados, otros títulos del reino; algunos van en lujosos carruajes con cocheros gigantes y lacayos enanitos... Además — y no sé en qué puede consistir esto — casi todos los hombres se han quedado jorobados y las mujeres torcidas; unos tienen ojos como besugos y otros barbas como púas de puerco espín; algunos me gastan orejas que les descansan sobre los hombros, sin duda las de los días de fiesta..., y ¡qué cabezotas todos con relación á los cuerpos! Yo sé en lo que consiste esto, y hasta os lo diría si me guardarais el secreto.

— ¡Hombre..., me parece que entre nosotros!..

— Pues bien: hasta ahora, el arte imitaba á la naturaleza; pero se han vuelto las tornas y la naturaleza imita ahora al arte. Y como hoy domina en este último el carácter caricaturesco, la humanidad se mortifica para ponerse ridícula. ¡De seguro que Paco ha metido las narices en una prensa hasta dejárselas laminadas como las tiene! ¡De seguro que Manuel se ha colgado del labio inferior alguna pesa de hierro ó plomo, hasta conseguir tenerlo tan caído! ¡La caricatura triunfa! ¡La caricatura se impone!.. El absurdo y la locura se enseñorean de la sociedad, y los cuerdos no vamos á tener más remedio que marcharnos á habitar las casas que han dejado desocupadas los locos, que es precisamente lo que hace un momento me aconsejaba un amigo médico, que me ha acompañado hasta aquí.

— ¿Y piensas seguir su consejo?

— ¡Qué remedio!.. ¡Cualquiera va á poder seguir viviendo en esta sociedad caricaturesca!..

M. OSSORIO Y BERNARD

## LOS SALONES DE PARÍS EN 1895

## I

## EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS

Los principales críticos parisienses convienen en que en el Salón oficial del presente año no hay una sola de esas obras que desde luego se imponen y que no tardan en merecer por voto unánime el calificativo de *clous* del certamen en que figuran.

Como nuestro propósito no es otro que dar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una ligera noticia de las más salientes obras expuestas en el Palacio de la Industria, omitiremos por un lado hacer consideraciones acerca de las causas que puedan haber contribuido á esa inferioridad relativa, con respecto á otros años, del actual Salón de los Campos Elíseos, y por otro nos concretaremos á citar, sin hacer crítica, aquello que, en sentir de la mayoría de los inteligentes, merece especial mención.

J. P. Laurens, *La muralla* (1212), cuadro inspirado en la historia de Tolosa, de composición complicada, con multitud de figuras.

Detalle, magníficos *Retratos del príncipe de Gales y del duque de Connaught*, á caballo, en el campo de maniobras de Aldershot.

Roybet, el pintor premiado hace dos años con medalla de honor, *La zarabanda*, modelo de elegancia y de finura y de hermoso colorido.

Demont, *Las Danaides*, grandiosamente concebido y de mucho sentimiento dramático, y un bellísimo *Paisaje*, cuya contemplación hace sentir la emoción de la naturaleza.

Mme. Demont-Bretón, *Stella Maris*, reproducido en el número 698 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Ehrman, *Las letras, las ciencias y las artes en la Edad media*, destinado á ser reproducido en tapiz en los Gobelinos para la Biblioteca nacional.

Sorolla, español, *Regreso de la pesca*, uno de los lienzos que han merecido mayores elogios.

Munkacsy, *Antes de la huelga*, escena tumultuosa de obreros en una taberna, notable por su realismo, y *El Calvario*, que tan gran éxito tuvo en la exposición de Amberes.

Struys, belga, *Visita al enfermo*, uno de los cuadros que se conceptúan mejores en el actual salón.

Desvallières, *Adán y Eva*, que parece una reminiscencia del estilo italiano del siglo xv.

Bonnat, *Retrato del actual presidente de la República*, M. Félix Faure.

Bretón, su propio *Retrato* y *Las últimas espigas*, bellísima escena campéstre.

Dupain, *El centenario de la Escuela Politécnica*, notable por el gran número de retratos de celebridades científicas que contiene.

Boutigny, el pintor militar, *Motín en Pavía* (1796), episodio de las guerras de Napoleón.

Bilbao, *La siega*, hermosa página de pintura ruralista.

Gerome, *La Verdad en el fondo del pozo* y sobre todo la *Oración en la mezquita de Caid-Bei* (Cairo).

Chabas, *Los Parnasianos*, colección de retratos de célebres literatos reunidos en el jardín de Alfonso Lemerre en Ville d'Avray.

Guillemet, *El muelle de Enrique IV* (París), de franca y atrevida composición.

Roche-grosse, *Gorjeo de pájaros*, escena de harén persa.

Lessi, italiano, *Interior de la Biblioteca del palacio Ricardi* (Florencia), que es un prodigio de ejecución.

Hirshfeld, ruso, *Viejo marino*, composición melancólica, llena de sentimiento.

Makowski, ruso, *La prueba*, escena de la época de los boyardos.

Martin, *Las Bellas Artes*, friso decorativo para el Hotel de Ville de París.

Denneulin, *La oración antes de partir*, conmovedora escena de costumbres marinas.

Brouillet, *La vacuna de la difteria en el hospital Trousseau*, cuadro en el que se ven varios retratos, entre ellos el del doctor Roux.

Merecen también ser especialmente mencionados los cuadros de figura de Flandrin, Walter Gay, Debat-Ponsan, Geoffroy, L. Giffard, Gilber, Dautan, P. de Córdoba, Bompard, Brunets, Caín, Bonis, Buland, Cederstroem, Vollon, Bail, Cayron, Brangwyn, Vauthier, Marioton, Robert Fleury, Pomey, Taupin, Orange, Quinsac, Mac Evén, Worms, Hebert, Van den Boos, Lynch, Laurent, Lobrichon, Kirbach, Girardet, Spriet, Maignan, Sherwod Hunter, Truchet, Beyre, Menta, Laissement, Brispot, Adán, Orestes de Molin, H. León, Aviat, Brunin, Vallet, Vázquez, Toudouze, Stevenart, Mercié, el escultor, Jacquet, Mme. Peuillas-Creussy, Desvalières, Caire, Collin,



El eminente naturalista Carlos Vogt, recientemente fallecido en Ginebra

Bourgognié, Souza Pinto, Perier, Warthmuller, Le Roux (padre é hija), Monginot y Herkomer.

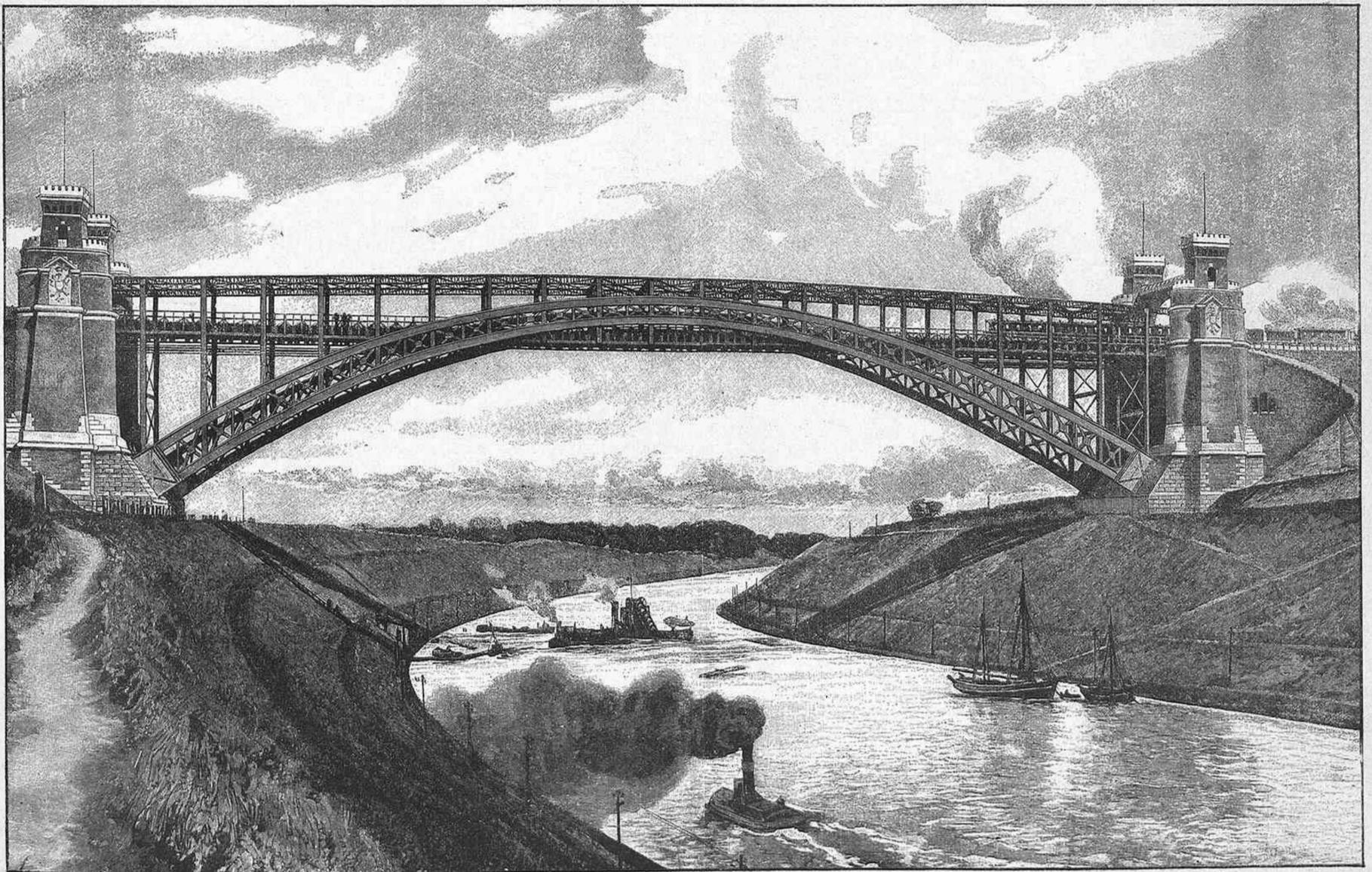
En el género de los retratos sobresalen, además de los antes especialmente citados, Benjamín Constant, Morot, Baschet, Henner, Lefebvre, Doucet, Dreger, Trupheme, Thomas, Umbrecht, Aubert, Moreau de Tours, Winter, Schommer y Ordschardson.

ne, Beguine, Theunissen, Michel, Cauer, Bailly, Carles, Clausade, Houssim y Gardet.

En la sección de grabado hay preciosas estampas de Jacquet, Gauquet, Lamotte, Danguin, Leveillé, Gelardi, Payrau, Lalanze, y de las señoras Formstcher y Donbar, sobresaliendo la reproducción de la *Crucifixión* de Mantegna hecha por Jacquet. - X.

De los paisajes y marinas, que abundan mucho, citaremos los paisajes bretones de Gosselin y Bermier, los provenzales de Dufour, y las obras de Harpignies (en primer término), Guillemet, Dameron, Nozal, Ravanne, Picknell, Cesbron, Yon, Champeaux, Lecreux, Desbrosses, Jacomin, Michel, Le Liepvre, Serrier, Petitjean, Liot, Français, Dupré y Noiroit.

En la sección de escultura sobresalen: el magnífico grupo de *Juana de Arco*, de Mercié, destinado al monumento de Domremy, obra admirable por su concepción original y por la portentosa ejecución de las dos figuras que la forman; *Guillermo Tell*, hermosa estatua también de Mercié; *Enrique de la Rochejaquelaine*, de Falquiere; *Orangutanes y salvajes de Borneo*, alto relieve de Fremiet, admirablemente ejecutado; *Juana de Arco*, de Dubois; *Suiza socorriendo á Estrasburgo durante el sitio de 1870*, grupo colosal de Bartholdi de gran efecto decorativo; *La visión de San Antonio de Padua*, bajo relieve de Puech; *Safo arrojándose al mar*, figura de atrevida ejecución de Guilbert; *Susana*, estatua policromada de Barrau; un grupo en bronce de Croissy, destinado al monumento que ha de erigirse en Sedán á la memoria de los soldados muertos en la guerra franco-alemana; *La bacante y el sátiro*, hermoso grupo de Gauquié; tres hermosos desnudos de Cornu, Charpentier y Belloc; *Juana de Arco después de la victoria*, de Allouard, y las esculturas de distintos géneros de Marqueste, Ackermann, Valton, Hiolle, Debiene, Lombard, Aizelin, Bayeux, Loiseau Rousseau, Chevré, Legrand, Hercule, Cifariello, Campagne,



Canal del mar del Norte al Báltico. Puente de Levensau



EL ANILLO DE BODA, cuadro de H. Schmachen



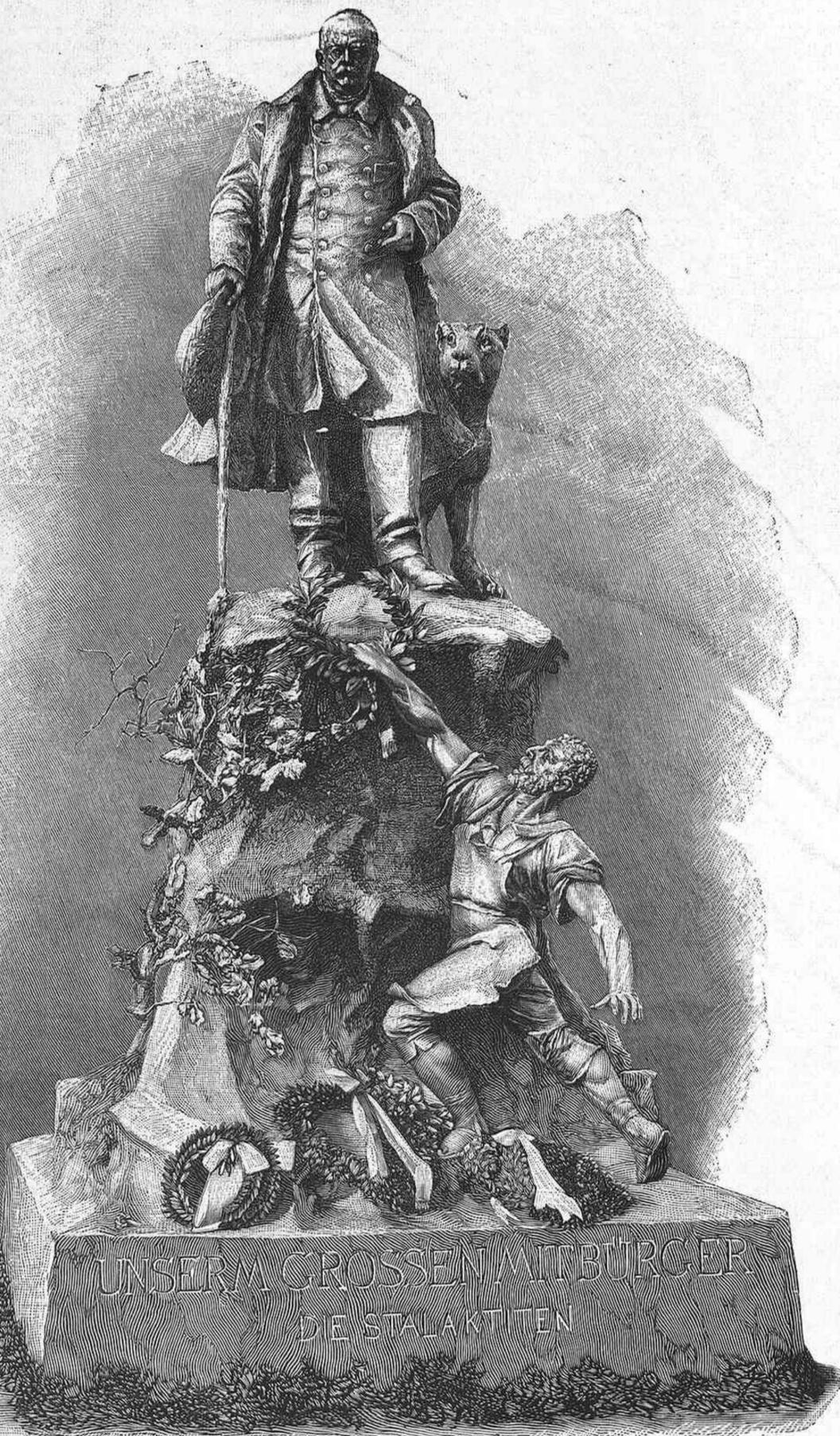
EN LAS CARRERAS, cuadro de Román Ribera (Salón París)

## NUESTROS GRABADOS

**Monumento á Bismarck, en Leipzig, obra de Lehnert y Magr.** - Existe en Leipzig una sociedad de artistas y literatos, denominada *Los Estalactitas*, que desearon conmemorar de una manera original y digna el octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck, concibieron, pocas semanas antes de la fecha de éste, el proyecto de erigir en la plaza de Augusto de Leipzig un monumento colosal en yeso que sólo permaneciera en aquel sitio unos días. A pesar del poco tiempo de que se disponía, dos célebres escultores se encargaron de

conocimiento de la técnica del arte, en fin, todas esas cualidades ante las que hay que reconocer la existencia de un gran artista.

**El eminente naturalista Carlos Vogt.** - El sabio ilustre que recientemente ha fallecido en Ginebra nació en 1817 en Giessen (Alemania) y desde la edad de diez y ocho años dedicóse en Berna á los estudios anatómicos y fisiológicos, tomando parte en 1839 en los trabajos científicos que en Neurburgo emprendieron Agassiz y Desor y en la expedición á los glaciares que llevó á cabo el primero de éstos. Desde 1844 á 1846 vivió en París, pasó luego una corta temporada en Italia, y en 1847 fué nombrado profesor en su ciudad natal, que al



Monumento que por unos días se erigió en la plaza de Augusto de Leipzig, en conmemoración del octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck. Obra de los escultores Lehnert y Magr.

ejecutar la obra, que realizaron en menos de tres semanas, y que, como pueden ver nuestros lectores por el grabado que la reproduce, así por su concepción como por el modo como está ejecutada, parece producto de largos trabajos y de no pocos estudios. A las nueve de la noche del 31 de marzo los artistas daban la última pincelada en el bronceado del monumento, que medía 9 metros de altura, y á las doce se descubría éste solemnemente en la grandiosa plaza citada.

**El gran inquisidor, cuadro de Enrique Serra.**

- En ocasiones recientes nos hemos ocupado de las últimas obras de nuestro ilustre compatriota que desde hace años nos honra con su colaboración: al número de las mismas pertenece *El gran inquisidor*, cuadro en el cual admiramos una vez más esa habilidad sin igual que caracteriza á Enrique Serra, esa pintura minuciosa y detallada que sin degenerar en nimia y frívola permite apreciar todas las bellezas de una composición, ese dibujo de una corrección intachable que revela un perfecto

año siguiente le confió su representación en la Asamblea nacional alemana, figurando en ella en la extrema izquierda y brillando allí como uno de los primeros oradores parlamentarios. Privado de su cátedra de Giessen, trasladóse en 1850 á Berna, permaneció luego en Niza haciendo estudios sobre los animales marinos, y en 1852 fué nombrado profesor de Geología en Ginebra y al poco tiempo también de Zoología. Fué miembro del gran Consejo, consejero federal, y en 1878 eligieronle miembro del Consejo nacional. Fué uno de los más fervientes defensores del materialismo primero y del darwinismo después, sacando de estas escuelas las últimas consecuencias con claridad extremada. Entre sus principales obras citaremos: *Montañas y glaciares* (1843), *Cartas fisiológicas* (1845), *Tratado de Geología y de las petrificaciones* (1846), *Escenas de la vida de los animales* (1852), *Superstición y ciencia* (1853), *Los microcéfalos y hombres monos* (1866), *Cartas políticas* (1871), *Origen de los helmintos intestinales del hombre* (1877), y *Tratado de anatomía práctica comparada* (1885).

**Canal del mar del Norte al Báltico. Puente de Levensau.** - Una de las obras complementarias del canal que dentro de poco tiempo se inaugurará en presencia del emperador de Alemania y de príncipes y representantes de todas las naciones civilizadas, es el puente de Levensau, por donde pasan el ferrocarril de Kiel á Flensburg y la carretera de Kiel á Eckenforde. Este puente es una obra maestra de ingeniería y tiene 165 metros de ojo y 42 de alto sobre la superficie del agua: su anchura es de 10'20 metros y su peso de tres millones de kilogramos. Ha sido construido en quince meses y montado en cinco.

**El anillo de boda, cuadro de H. Schmachten.**

- Aun dejando á un lado la perfección con que está trazada la figura que constituye este cuadro, la contemplación de esa joven que se prueba el anillo de desposada produce en nosotros una de esas impresiones agradables que son el mejor comentario de una obra artística: al mirarla, compartimos con ella la emoción que experimenta al colocar en su dedo la sortija que sella la historia de unos amores y que abre ante la que pronto será esposa los horizontes de una nueva existencia.

**En las carreras, cuadro de Román Ribera**

(Salón París). - Magistralmente concebida é interpretada es la bella producción del distinguido pintor Román Ribera, portestandarte de la pintura de género en nuestra región. No cabe con tan limitados recursos y con tan nimio asunto obtener mayores resultados. La preciosa figura de la elegante dama, que en pie sobre el estribo del carruaje sigue con creciente interés los incidentes de la fiesta hípica, está admirablemente trazada. La distinción y la elegancia son notas distintivas, que se avalúan con la exactitud de todos los pormenores, concienzudamente observados y ejecutados con felicísimo acierto.

**Un cazador primitivo, escultura de José Campeny.**

- El discreto artista José Campeny ha tratado de representar en el grupo escultórico que reproducimos un cazador primitivo, una representación del hombre protohistórico, utilizando su muscular esfuerzo para luchar con la reina de las aves. Difícil había de ser necesariamente el desarrollo de un tema asaz preñado de dificultades; mas como quiera que la obra ha de figurar en la Exposición nacional de Bellas Artes próxima á inaugurarse en la capital de la monarquía, omitimos consignar nuestro juicio, esperando la calificación que merezca del Jurado. Esto no obstante y sea el que fuere el veredicto que merezca, aplaudimos el empeño del Sr. Campeny en dedicarse á un estudio harto difícil y poco cultivado en nuestra patria.

## MISCELANEA

**Bellas Artes. - BARCELONA. - Salón París.** - Una asociación artística de reciente creación, una reunión de artistas agrupados bajo la égida de un santo artista también, «El Círculo de San Lucas», muestra, por medio de una manifestación colectiva de una exposición organizada en el Salón París, su laudable empeño de restauración ó de encauzamiento artístico. Ciertamente es que ni el número ni la calidad de las obras expuestas bastan para borrar el recuerdo de las equivocaciones y de los errores ayer cometidos; pero no ocultamos nuestra satisfacción al observar los nuevos derroteros que felizmente persiguen los artistas afiliados al «Círculo de San Lucas.»

Superior á la anterior es ciertamente la actual exposición, pues si en ella, conforme ya indicamos, no destacan producciones verdaderamente geniales y las verdaderamente recomendables son en escaso número, en cambio nótese gran unidad, producto ó resultado de la nueva evolución. La exhibición resulta provechosa y en extremo plausible el esfuerzo de los artistas que en ella han tomado parte, puesto que constituyen agrupaciones bien definidas y confundidos todos por la identidad de sus aspiraciones. Puede afirmarse ya que el movimiento evolutivo se ha iniciado á completa satisfacción de cuantos nos interesamos por el progreso artístico de nuestro país. La perturbadora nota grisácea, de importación transpirenaica, preséntase amoldada á las tonalidades que determina la luz en nuestro país, resultando precisa, justa y sin exageración. De ahí que cautiven por su entonación precisa, por el ambiente, por su admirable conjunto, los bellos paisajes de Joaquín Vancells, saturados por las montañas brisas, aromatizadas por silvestres plantas, y la plácida calma, la serena tranquilidad de los paisajes y figuras de los cuadros de Juan Llimona, singularmente el titulado *Marta y María* y los cuatro lienzos de Dionisio Baixeras.

Gallarda manifestación de simbolismo ó idealismo es la composición de Riquer, delicada y sentidamente cristiana. El perfume que se desprende de la tierra después de una lluvia primaveral, convertido en tenue bruma, truécase en la impalpable figura del ángel bienhechor que derrama la savia de la vida en los árboles y plantas, iluminados por los solares rayos.

Caba, el distinguido pintor, aporta un retrato de un niño, en el que se muestra toda la habilidad y la experiencia del maestro. Desde la figura hasta los más nimios pormenores, todo revela una seguridad pasmosa, un profundo y perfecto conocimiento de todos los recursos de que puede disponer el artista.

Discreto preséntase Félix Mestres en su cuadro *Extramuros*, y como efectista Luis Buxó en el estanco del claustro de nuestra catedral, muy superior á los dos lienzos que asimismo exhibe. Galvey y Berga representan como saben hacerlo, por medio de sus paisajes, la fresca y jugosa escuela olotense, que preside un boceto del que fué nuestro amigo querido Joaquín Vayreda, digno de conservarse por su mérito y significación.

El *Desconsol del avi*, original del Sr. Hoyos, evoca el recuerdo del cuadro de Fernando Cabrera titulado *En el coro*, que figura en nuestro Museo Municipal de Bellas Artes, y si bien resulta estimable, mengua un tanto su mérito la identidad del efecto producido por la roja cortina, que tan admirablemente representó el aventajado discípulo de Casto Plasencia.

Algunos estudios de Xiró, Vela, Canturri, etc. y tres retratos de Utrillo completan la exposición pictórica, á la que sirven de complemento algunas obras escultóricas, entre las que se destacan un ángel custodio, destinado al cementerio de Comillas, obra de José Llimona; el busto representando un flagelante, de Celestino Devesa, y un bonito bajo relieve, reproducción de Donatello, policromado, imitando las producciones cerámicas italianas de este género, ejecutado por Antonio Oliva.

Tal es la exposición organizada por el «Círculo Artístico de San Lucas», cuya significación no puede desconocerse, ya que ha de considerarse como el primer paso dado para lograr el encauzamiento de la desbordada corriente artística.



LA TRENZA DE SUS CABELLOS

POR LUIS ENAULT,

con ilustraciones de J. Cusachs

Todos saben que Cádiz es la última ciudad de la Europa meridional; después no se encuentra más que el mar, muy cercano, y más lejos el Africa, de la que evoca realmente un recuerdo por sus largas calles, siempre estrechas, tortuosas á menudo, y con casas tan altas, que apenas se divisa un espacio de cielo entre sus tejados, muy próximos entre sí.

Su aspecto produciría seguramente un acceso de *spleen* si algunas veces una puerta entornada no permitiese dirigir al paso una mirada furtiva al patio interior de algunas de aquellas casas misteriosas, cuyas ventanas están siempre cerradas. Entonces se ofrece á la vista un mundo del todo nuevo, lleno de gracia, de encanto y de poesía íntima, con sus fuentes brotando agua, sus flores y sus verduras.

Cierto día en que yo vagaba solitario á través de las calles á esa hora en que están silenciosas y desiertas porque el calor abrasa, me llamó la atención uno de aquellos patios, más grande y también más hermoso que los otros; era una dependencia del hospital más importante de Cádiz, servido por una congregación de mujeres.

El balcón, que se corría alrededor del primer piso, sobrepuesto de una galería con arcos en ojiva, y las paredes, de una blancura deslumbradora, adornadas tan pronto de graciosos frescos como de revestimientos de porcelana azules y rojos, con esos esmaltes dorados que vemos en las casas moriscas, comunicaban al conjunto un carácter imponente de riqueza y elegancia.

«Este patio de hospital, — decíame yo á manera de reflexión, — podría ser lo mismo el de un harén; y no me sorprendería mucho si viera aparecer de pronto en alguno de esos balcones una graciosa silueta de sultana, rodeada de sus odaliscas.»

Muy pronto me distraje de mis pensamientos, demasiado profanos en semejante sitio, al pasar por delante de una pequeña capilla formada en uno de los ángulos del patio. Habíanla decorado con ese lujo,

de un gusto dudoso, demasiado caro hoy para la piedad española; pero en el altar, ante el cual arde una lámpara que no se apaga jamás — eterna como la de las vestales romanas, — pude admirar una Virgen tallada en brillante mármol, como el más puro Paros, y no menos notable por la pureza de sus formas que por la marcada expresión de una fisonomía verdaderamente divina.

Esta Virgen, digna del cincel patético de aquel gran escultor que fué también pintor célebre, de Alonso Cano, es conocida en Cádiz con el nombre de Virgen de los Dolores.

El hospital está bajo su protección particular; todos los habitantes de la ciudad la veneran mucho, y se tacharía de hereje, digno de la hoguera, á quien pusiera en duda su poder milagroso. Este se confirma, por lo demás, así como el agradecimiento de todos aquellos á quienes ha socorrido, por los numerosos exvotos pendientes de las paredes de la capilla, llenas de inscripciones en que la fe y la caridad se desbordan, expresándose con el calor de la retórica española, un poco exagerado á veces. Había allí todo un museo anatómico de pies, manos, ojos y orejas, en yeso ó en cera, que representaban la triste efigie de todas las miserias humanas, aliviadas y curadas por la intervención de la Virgen.

Como huyo por instinto de todos los museos que puedan infundir horror, pasé rápidamente ante aquel conjunto de cosas lúgubres, y ya iba á salir de la capilla, demasiado melancólica, cuando mis miradas se fijaron de pronto en una trenza de cabello, cuyo color obscuro se destacaba vigorosamente sobre el es-

tado blanco. Su longitud me pareció desmesurada; era igualmente compacta en ambas extremidades, y más gruesa seguramente que el brazo de aquella á quien había pertenecido. De un negro brillante y lustroso, con los visos de las alas del cuervo, aquella trenza, suelta y cayendo de la cabeza que en otro tiempo adornaría mejor que la más rica diadema, debió cubrir los hombros y llegar hasta los pies, dejando tras sí un rastro, como el manto de una reina.

\* \*

Las mujeres de Cádiz tienen el cabello magnífico, flexible y fino, con suaves ondulaciones que imitan el movimiento mismo de la vida, y adviértase que este es un carácter común á todas las andaluzas. Orgullosas de él, le cuidan y adornan con toda especie de joyas y riquezas, no ignorando que éste es uno de sus más poderosos medios de seducción. No en balde dijo al hombre la Biblia, que es el libro mismo de la Sabiduría: «La mujer te conducirá donde ella quiera tan sólo con un cabello de la nuca.»

La andaluza lo sabe bien cuando dice al que la ama..., si ella le corresponde á su vez: «¡Para ti es para quien yo me peino!»

Yo sabía todo esto, y por eso miraba con más atención aquella hermosa trenza, cortada sin duda de una cabeza encantadora. Algo me decía que encerraba toda una historia, y yo hubiera dado mucho por conocerla; pero ¿á quién pedírsela en aquella ciudad, donde no tenía más que relaciones superficiales, y ninguna de confianza?

Más de un pañuelo, agitado por manos nerviosas, envió el último adiós á algún joven oficial

Cusachs

En aquel momento vi pasar por el patio, muy cerca de la capilla, de la cual no había salido yo todavía, una religiosa que me pareció muy joven á pesar de la expresión austera de un rostro de noble aspecto; vestía con gracia patricia, á la vez que con imponente dignidad, el hermoso hábito de las hijas de Santo Domingo, vestido blanco de largos pliegues, y ancho manto negro.

Nuestras miradas se encontraron.

Me incliné profundamente ante ella, y me devolví mi saludo, con esa política y cortesía que son tradicionales en toda España, tratándose de mujeres de cierta condición. Después, como se hubiese detenido un instante en el umbral de la capilla, dirigiendo una mirada á la imagen de la Virgen de los Siete Dolores, osé dirigirle la palabra para preguntar si aquella opulenta cabellera, que hacía un momento me preocupaba, era también un exvoto.

— Sí, caballero, como todo lo que aquí ve usted, contestó con tono algo breve, indicando así claramente que no era su ánimo trabar conversación conmigo sobre aquel asunto, ni probablemente sobre ningún otro.

Y sin añadir una palabra más, alejóse majestuosa y tranquilamente, con la mirada serena y la frente impenetrable.

Mas no había dejado yo de observar en sus labios, al pronunciar aquella lacónica frase, un imperceptible estremecimiento; pero á esto se redujo todo, y desapareció, dejándome en la duda de si yo había visto en realidad, ó tan sólo había creído ver.

— ¿Quién es esa religiosa que acaba de cruzar por el patio ahora mismo?, pregunté á la hermana tornera, que estaba en el umbral de la puerta del convento en el instante en que yo me disponía á salir de la santa casa.

— ¿Quién ha de ser?, contestó. Una religiosa como otra cualquiera.

— ¡No, repuse, no como otra! Debe ser, por el contrario, una que no se asemeja á nadie. No sé nada; pero estoy seguro de ello... ¿Y cómo se llama?

— Hermana Dolores de la Soledad.

«Hermana Dolores de la Soledad! — dije para mis adentros, sin moverme del sitio donde estaba; — pues ese nombre no es tampoco como otro cualquiera.

— ¡Hermoso convento! ¿No es verdad?, díjome, dándome un golpecito en el hombro é interrumpiendo mis reflexiones, el Sr. Pacheco Iturbe, canónigo de la catedral, á quien había presentado una carta de recomendación en la víspera de aquel día.

— Sí, hermoso convento, repuse; pero ¡qué singulares reliquias! Entre otras, añadí, señalando la trenza que había llamado mi atención, he ahí una cuya historia me alegraría mucho conocer.

Aquella misma noche, doña Jacinta, la hermana del canónigo, me refería, con cierta fruición la historia de aquella trenza.

\*\*

La que se llama hoy en religión Dolores de la Soledad era conocida antes en el mundo con el nombre de Consuelo de Alcántara; pertenecía á la mejor familia de Cádiz; distinguíase así por la nobleza de su apellido como de su persona, y tenía fama de ser la mujer más hermosa de la ciudad. Un poco más alta de lo que suelen serlo de ordinario nuestras lindas compatriotas, llamaba la atención por sus esbeltas formas, su flexible talle, su mano pequeña y diminuto pie, y ese color pálido mate como el de la flor del jazmín; con sus labios rojos como una granada entreabierta, y sus ojos castaños de reflejos de

oro, abrasadores como la pasión y dulces como la ternura, representaba bien el tipo más perfecto de esa encantadora belleza andaluza de que nos hablan muchas personas dignas de fe, porque han experimentado su irresistible seducción. El magnífico cabello de aquella joven era célebre desde Granada á Córdoba, y asegúrase que más de una vez llegaron hasta aquí en peregrinación pintores y poetas tan sólo para verle. Consuelo no lo ignoraba, y debo confesar que hasta se mostraba orgullosa de ello. Por lo de-

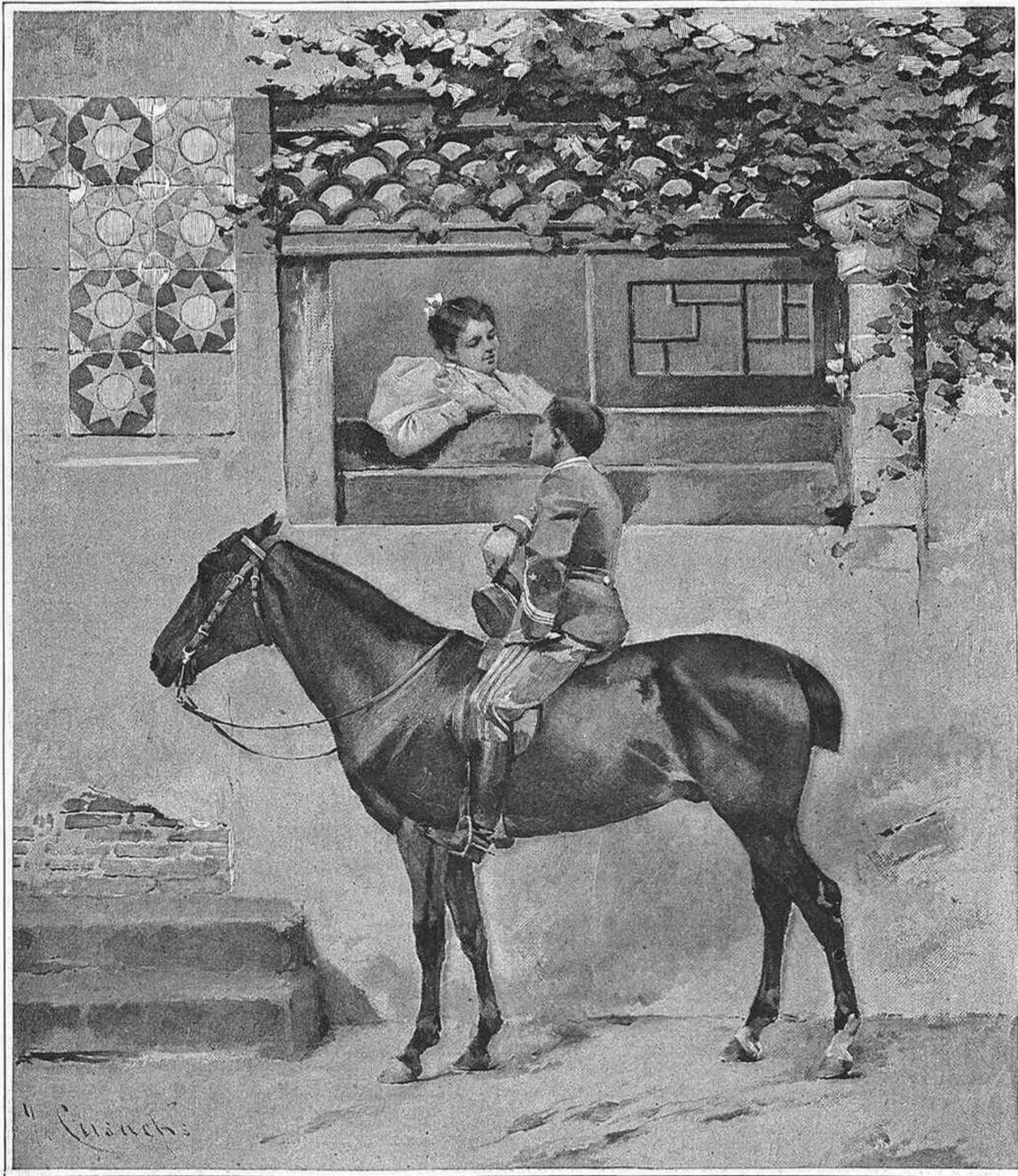
muy bien sus peligros para una mujer de noble corazón, nacida para amar solamente una vez, para concentrar toda el alma en su ternura y para vivir y morir por ella. Raros son los hombres que merecen semejantes afectos; pero Valdés era muy capaz de ilusionar á las que le escuchaban, y sabía parecer verdaderamente enamorado, cuando tan sólo le abrasaba ese fuego del deseo que con tanta facilidad se enciende en la sangre de la juventud.

La señorita de Alcántara debía engañarse, y tal vez el Sr. de Casa Real se engañó también, pues era siempre muy sincero en sus apasionadas expansiones, que parecían brotar de un alma impotente para reprimirlas. La dulce joven estaba á la vez seducida, y atemorizada ante tal ardimiento, y á menudo resistía al encanto que Casa Real ejercía en ella por la turbación misma que le ocasionaba.

— Puedes estar tranquila, contestó un día Valdés al preguntarle Consuelo si era constante, pues si llegase el caso de no amarte, siempre estaría enamorado de ese magnífico cabello, preferible para mí, en la cabeza que adorna, á la misma corona de España.

— ¡Pobre de mí, exclamó la joven, si tu amor depende de mi cabello! En cuanto á mí, conozco bien que moriré cuando tú no me quieras.

A pesar de este diverso modo de ver ciertas cosas, no vivían los dos menos felices en la dulzura de su mutuo afecto. Nuestra querida Andalucía, por lo demás, es verdaderamente propia para el amor; éste se dilata bajo un hermoso cielo, como una flor natural á la luz del sol, y las costumbres del país le son tan favorables como su clima. Las más honradas familias, confiadas en la virtud de sus hijos y tranquilas además por la solidez de sus rejas, pues todas las ventanas están protegidas por barrotes de hierro que alejan todo temor de escalamiento y de fractura, permiten á las que se hallan tan bien guardadas aprove-



Si llegase el caso de no amarte, siempre estaría enamorado de ese magnífico cabello

más, también sabía lucirlo de una manera admirable, elevándole unas veces sobre la frente en dos trenzas que formaban una corona como no la llevó nunca la Ceres cantada por los griegos, ó recogíendole otras sobre su cabeza, y avivando su color sombrío con un clavel rojo colocado graciosamente sobre el ángulo de la oreja izquierda.

Pero el día en que deseaba obtener el triunfo sobre todas sus rivales, contentábase con retirar el peine de su cabello, dejándole flotar sobre sus hombros, y descender hasta los pies, cual una onda de seda perfumada, los suaves rizos en que se adivinaba el estremecimiento de la vida.

El joven teniente Valdés de Casa Real no había podido mostrarse insensible al atractivo poderoso de aquella rara hermosura; muy enamorado de ella, había dejado hablar á su corazón, que se expresaba bien, y Consuelo le escuchó.

Nada tenía esto de extraño: Valdés era lo que se ha convenido en llamar un mozo apuesto; llevaba con cierta coquetería su gracioso uniforme, muy persuadido de su mérito, y esto le infundía mucha seguridad de sí mismo, así como también le envanecía su fino bigote castaño con las puntas rizadas. Además de esto, expresábase bien, con esa impetuosidad de la juventud feliz, y no le faltaba talento; mas era un poco egoísta, como sucede con demasiada frecuencia á los que, mimados por la vida y por las mujeres, han conseguido sus triunfos con harta facilidad.

El amor que semejante hombre era capaz de inspirar á una joven sin experiencia ni desconfianza, como lo era entonces la señorita Alcántara, podía tener

chase de la calma de las noches tibias y serenas para hablar de amor con sus aspirantes... que por lo demás suspiran siempre con buen fin. El tiempo que se consagra á esa dulce ocupación se desliza tan ligeramente, que no se nota su marcha; la aurora sustituye á las pálidas estrellas, y se cree que aún es de noche. Para los enamorados de nuestro país, siempre canta el ruiseñor, jamás la alondra, y con frecuencia las vecinas, al abrir sus puertas á primera hora de la mañana, ven á Romeo, que se ha retardado, huir desliziándose á lo largo de los muros; mientras que Julieta ha desaparecido, no sin dejar caer antes sobre la verja la cortina cómplice. Pero como se sabe que todo eso no ha pasado de conversación, y que un verdadero matrimonio debe ser el fin de la interesante novela de amor, cuando la hermosa adorada, que se levanta un poco tarde, sale por primera vez, se le dan los buenos días con maliciosa sonrisa.

\*\*

Valdés y Consuelo, prometidos ya uno á otro y debiendo presentarse ante el altar cogidos de la mano apenas el teniente hubiese ascendido á capitán, disfrutaban sin temor de la mucha libertad que les concedían las costumbres andaluzas.

Pero en asuntos de amor sobre todo es en los que con razón podría decirse que hay mucha distancia de la copa á los labios.

Los feroces marroquíes vinieron á interponerse, por desgracia, en aquellos proyectos de felicidad. La corte de España y la de Africa están demasiado próxi-

mas para que no haya entre las dos razas, enemigas desde hace siglos, frecuentes contiendas.

Cierto día, á consecuencia de una violación de territorio por tribus revoltosas, España, quisquillosa en puntos de honor, quiso vengar la injuria inferida á su pabellón, y se declaró la guerra.

Como la guarnición de Cádiz no necesitaba hacer más que una travesía de pocas horas para llegar al teatro de las hostilidades, fué la designada para entrar en campaña desde luego.

Esta noticia, propalada con la rapidez del rayo, produjo una impresión dolorosa en todas las mujeres; muchos hermosos ojos de las paseantes de la Alameda se llenaron de lágrimas, y hubo angustias en más de uno de los corazones que latían bajo los negros corsés. La ciudad de mármol, llena de risas, de alegrías y de canciones, quedó sombría á las pocas horas y velada de negro crespón.

Pero entre esas hermosas afligidas, ninguna se creyó tan desgraciada como Consuelo de Alcántara; hubiérase dicho verdaderamente que aquel que se iba se llevaba consigo la vida de la joven al otro lado de los mares.

Los dos enamorados pasaron junto á la reja toda la noche que precedió al día del embarque; aquellas horas fueron para los dos deliciosas y tristes á la vez, llenas de juramentos de ternura eterna; jamás se habían adorado tanto... y debían separarse.

\*\*

Aquella mañana, todo Cádiz estaba en el muelle; el *Cid*, con las máquinas encendidas, no esperaba más que la hora de la marea para levar anclas y enderezar el rumbo hacia la costa de Africa.

El regimiento que se iba dejaba muchos vacíos tras sí, pues las andaluzas enloquecen por el uniforme militar y adoran los galones. No se veían más que grupos de mujeres angustiadas y de novias poseídas de la mayor aficción, que maldecían la cruel ausencia y la desapiadada guerra, no menos aborrecida por las mujeres y los amantes que por las madres.

Así es que cuando el *Cid* saludó con un cañonazo á la ciudad hospitalaria de donde se alejaba, más de un suspiro mal ahogado le contestó, y cuando al fin comenzó á cortar las olas con majestuosa lentitud para trazar su estela en alta mar, más de un pañuelo, agitado por finas manos nerviosas, envió el último adiós á algún joven oficial inclinado sobre las bandas del buque para ver una vez más á la que muy pronto perdería de vista.

En aquel momento se hubiera podido ver á dos jóvenes, un poco separadas de la multitud, que seguían con los ojos al *Cid*.

Permanecieron un instante una junto á otra, pensativas y silenciosas, hasta que al fin una de ellas, que era Consuelo de Alcántara, dijo de pronto á su amiga Carmela Sánchez:

— No hubiera debido venir, porque me falta el corazón, y si no me sostienes voy á desfallecer.

— Ten cuidado, y no te abandones así, repuso Carmela; te están observando, y la menor imprudencia bastaría para que se hablara de ti.

Así diciendo, llevóse á Consuelo consigo.

La ausencia fué larga. Consuelo sufrió mucho, tanto más, cuanto que estuvo largo tiempo sin recibir noticias. Preguntóse, como otras muchas, qué habría sido de la expedición, de la que ya no se hablaba; al fin quedó sumida en una especie de languidez, y no teniendo ya para quién peinarse, ocultó bajo una man-

tilla las largas trenzas de reflejos azules que tanto amaba el teniente Casa Real.

\*\*

Después de varias alternativas de triunfos y reveses, comenzaron á circular por la ciudad rumores alarmantes: decíase que todo un regimiento había sido cercado por las tropas marroquíes, y que aislado del grueso del ejército, se hallaba en una posición singularmente crítica. El temor de una catástrofe llenó de

encantador de sus largas trenzas, parecía ahora tan ligera, que se figuró no tenerla ya sobre sus hombros.

Permanecía allí con la frente inclinada y los brazos pendientes, perdida en sus vagas reflexiones, cuando de pronto un pensamiento tan natural, que se extrañó de no haberlo tenido antes, cruzó por su mente como el relámpago que atraviesa el espacio.

— ¡Por él he consumado este sacrificio!, murmuró. Pero... ¿y si ahora no me amase ya?..

Esta idea le dió miedo, y trató de ahuyentarla; mas siempre volvía; y Consuelo recordó con qué loca adoración el joven Casa Real besaba aquel cabello y le acariciaba, aspirando su perfume con una especie de apasionada idolatría.

— Esto sería espantoso, se dijo; pero me parece imposible... Creo verdaderamente que me volvería loca.

Al fin recobró la calma, y recogiendo lentamente el cabello esparcido, reuniólo para formar una sola trenza; pero una trenza maravillosa, inverosímil, que limpió y perfumó con toda la solicitud de la doncella amorosa que quiere complacer á su amado.

Después se puso un vestido oscuro, cubriendo con la mantilla su cabeza despojada; y muy ligeramente, como mujer que no quiere encontrar á nadie ni ser reconocida, corrió por calles desviadas al convento de Nuestra Señora de los Siete Dolores.

Una vez allí, prosternándose respetuosamente ante la imagen de la Santa Virgen, elevó al cielo su ardiente súplica.

Quando se levantó estaba como transfigurada por el amor y la fe, y con mano firme suspendió de la pared, en medio de todas aquellas ofrendas dolorosas, la trenza de reflejos azules.

Y sin mirarla por última vez, poseída completamente de la amarga y profunda emoción producida por el sacrificio consumado, salió del convento.

Mas en vez de volver á su casa, donde no tenía la seguridad de ser bien recibida, porque su madre estaba orgullosa de la belleza de su querida Consuelo, como debió estarlo de la

suya propia unos veinte años antes, fué á ver á su amiga Carmela Sánchez, alma bondadosa y tierna, que no tenía para ella censura ni reprensión... ¡Demasiado bien lo sabía!

Al entrar en el taller, donde la joven se ocupaba en pintar una cabeza de ángel, para la cual había servido ya de modelo su amiga, Carmela exclamó, apenas la vió y sin haber tenido tiempo para mirarla:

— ¡A tiempo llegas, porque te necesito! ¡Quítate esa fea mantilla, que me parece un apagaluces; retira el peine de la cabeza y préstame tu cabello! El de mi querubín tiene una forma que no me agrada; el tuyo me dará mejor idea.

Y como Consuelo permaneciese inmóvil y muda, Carmela añadió, engañándose sobre la causa de aquel silencio:

— ¡Oh! No será cosa de mucho tiempo; apenas necesitaré diez minutos!

— ¡Mi cabello!, exclamó al fin la señorita de Alcántara en voz baja y como con cierta confusión y corteidad. ¡No lo tengo ya!

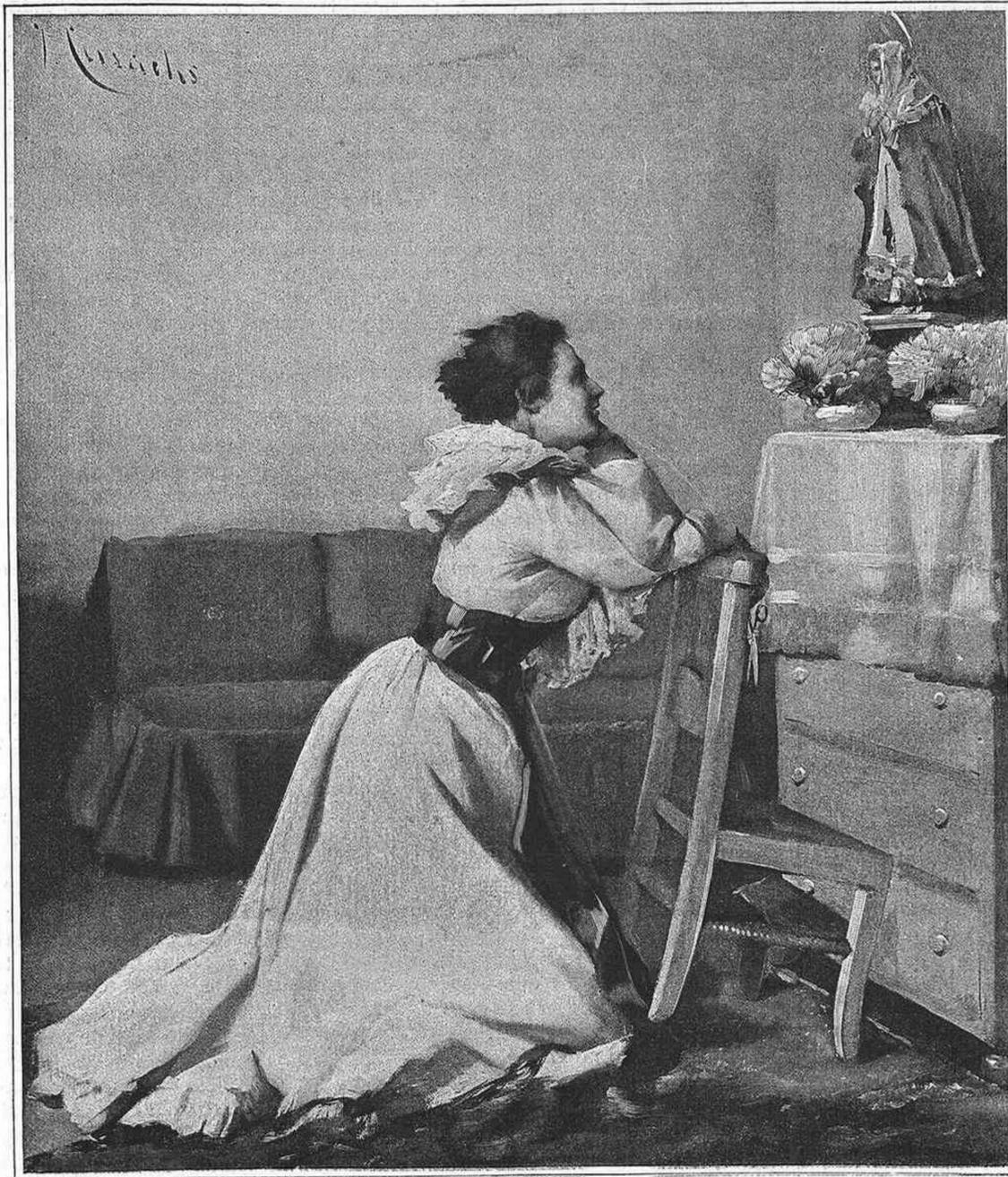
Y con enérgico ademán, despojóse de la mantilla y mostró su pobre cabeza rapada.

Carmela hizo un movimiento de sorpresa y de indignación, y poniéndose ambas manos sobre los ojos, exclamó:

— ¡Qué horror!.. ¿Estás loca? ¿Qué has hecho?

— He dado mi cabello á Nuestra Señora de los Siete Dolores para que me devuelva á mi Valdés sano y salvo.

— Verdaderamente, sólo tú eres capaz de tener semejantes ideas... ¡Y si después de esto no te amara!



— ¡Virgen Santa, Virgen poderosa de los Siete Dolores, devuélvemele, sálvalo!

espanto á todos, y hubo como un duelo público, que se tradujo por manifestaciones religiosas y sentimientos de angustia y compasión.

Bajo el imperio de aquellos temores, harto fundados, Consuelo llegó muy pronto á sentirse dominada por una especie de exaltación enfermiza, y en uno de sus transportes violentos, arrojándose ante una imagen de la Madre de Dios, que extendía sus manos llenas de gracias para proteger y bendecir su aposento de doncella, exclamó:

— ¡Virgen Santa, Virgen poderosa de los Siete Dolores, devuélvemele, sálvalo, y acepta en cambio la ofrenda de este cabello de que tan orgullosa estaba!

Y sin dar tiempo á la reflexión, que con frecuencia nos retrae de las mejores resoluciones, así como también de las más locas, y uniendo la acción á la palabra, cogió las tijeras y cortó con desapiadada mano aquella perfumada mata de cabello que tanto envidiaban todas las mujeres y que á todos los hombres enamoraba.

El suelo de su habitación quedó completamente cubierto, formando como una maravillosa alfombra, sobre la cual hubiera podido cualquiera arrojarse. Durante un momento, inmóvil y muda, la joven contempló aquella devastación, no con pesar, pues era incapaz de lamentarse de una cosa que había hecho en un instante de noble exaltación, y era de aquellas á quienes los sacrificios cuestan poco; pero sí con una especie de estupor, que no pudo evitar, como si hubiese presenciado una sacrilega mutilación de sí misma, y por decirlo así, un suicidio de su hermosura. Su cabeza, tan largo tiempo doblada bajo el peso

de su propia unos veinte años antes, fué á ver á su amiga Carmela Sánchez, alma bondadosa y tierna, que no tenía para ella censura ni reprensión... ¡Demasiado bien lo sabía!

Al entrar en el taller, donde la joven se ocupaba en pintar una cabeza de ángel, para la cual había servido ya de modelo su amiga, Carmela exclamó, apenas la vió y sin haber tenido tiempo para mirarla:

— ¡A tiempo llegas, porque te necesito! ¡Quítate esa fea mantilla, que me parece un apagaluces; retira el peine de la cabeza y préstame tu cabello! El de mi querubín tiene una forma que no me agrada; el tuyo me dará mejor idea.

Y como Consuelo permaneciese inmóvil y muda, Carmela añadió, engañándose sobre la causa de aquel silencio:

— ¡Oh! No será cosa de mucho tiempo; apenas necesitaré diez minutos!

— ¡Mi cabello!, exclamó al fin la señorita de Alcántara en voz baja y como con cierta confusión y corteidad. ¡No lo tengo ya!

Y con enérgico ademán, despojóse de la mantilla y mostró su pobre cabeza rapada.

Carmela hizo un movimiento de sorpresa y de indignación, y poniéndose ambas manos sobre los ojos, exclamó:

— ¡Qué horror!.. ¿Estás loca? ¿Qué has hecho?

— He dado mi cabello á Nuestra Señora de los Siete Dolores para que me devuelva á mi Valdés sano y salvo.

— Verdaderamente, sólo tú eres capaz de tener semejantes ideas... ¡Y si después de esto no te amara!

— ¡Ya lo sabremos cuando él regrese, querida Carmela!, contestó Consuelo grave y pensativa.

\* \* \*

Las súplicas de la joven amante fueron atendidas por aquella Virgen, á quien no se invoca jamás en vano. Valdés de Casa Real volvió á Cádiz sano y salvo, con todos sus miembros, su cabeza muy sólida y el corazón ligero.

Se había firmado la paz, al menos por algún tiempo, con el enemigo. Algunas semanas después de haber hecho Consuelo su piadosa ofrenda á Nuestra Señora de los Siete Dolores, el regimiento de Valdés regresaba á la patria; y el teniente, citado dos veces en la orden del día por actos de valor y de intrepidez excepcionales, volvía con el grado de capitán, condición impuesta terminantemente por el Sr. de Alcántara para el casamiento de su hija. Una carta en que se desbordaban todas las efusiones del amor feliz, anunciaba á la señorita de Alcántara el próximo regreso de su amado.

Consuelo disfrutaba ahora de la embriaguez de la alegría más profunda. ¡Iba á verle! Toda la vida se encerraba para ella en estas palabras. Su cabello volvía á crecer más vigoroso aún que en otro tiempo; el terreno era bueno y prometía una generosa compensación de la primera corta, sólo que sería preciso esperar algunos años.

Por el momento, con sus ricitos muy cortos, tenía la linda cabeza de un ángel con peluca.

\* \* \*

Las campanas repican alegremente; los cañones de los fuertes hacen ruidosas salvas; la escuadra entra en el puerto.

Mas ¿por qué no está allí la hermosa Consuelo, como todas las demás enamoradas que esperan á sus amados?

Con sus ojos de lince, que todo lo ven, el capitán Valdés la busca por todas partes, y extraña mucho no encontrarla; pero divisa á su amiga Carmela Sánchez, y en el desorden del desembarco halla medio de cruzar algunas palabras con ella.

— ¿Y Consuelo?, pregunta. ¿Cómo es que sabiendo mi llegada, no está aquí?

— Se ha sentido un poco débil, y temía dar á conocer su emoción delante de todo el mundo. Le espera á usted en su casa.

Una hora después el capitán llamaba á la puerta del taller de Carmela.

Más turbada de lo que se podría imaginar, é inquieta por la impresión que iba á producir en su prometido, Consuelo se había refugiado, casi escondido, en un oscuro rincón, y allí esperaba muy ansiosa.

Valdés se dirigió hacia ella rápidamente, atrájola al centro de la habitación cogiendo su mano, y en aquella cabeza, siempre encantadora, vió los rizos cortos y ligeros que reemplazaban á las pesadas trenzas, cuyo perfume penetrante le había perturbado tantas veces en lo más íntimo de su ser.

La impresión que experimentó fué de aquellas que no se analizan bien; por lo pronto una verdadera sorpresa, como la que produce una cosa del todo inesperada; y después un sentimiento profundo por la pérdida de aquella belleza particular, que él apreciaba tanto, y de la cual se veía privado de repente sin poder comprender por qué causa. Le producía una impresión indefinible de malestar aquella cabeza de Efebo, la cual no carecía seguramente de gracia; pero que no valía para él lo que aquella otra, tan adorable, con su abundante y largo cabello, que no volvería á ver jamás y que siempre echaría de menos.

Por dueño que fuese de sus impresiones, no pudo disimularlas del todo á la que tanto interés tenía en conocerlas.

La joven quedó aterrada; un pensamiento desconsolador llenó su alma de la más profunda desesperación. «¡Ya no me ama!» se dijo.

Valdés comprendió su angustia, y obedeciendo á una especie de compasión rodeó su cuello con un brazo y estrechóla contra su pecho; después, dulcemente, con ternura, pero sin pasión, besó sus húmedos ojos.

Consuelo desfalleció bajo aquella caricia, y abandonóse sobre aquel corazón que tanto temía perder.

Pero Valdés, echándola un poco hacia atrás, la obligó á mirarle; atrájola más hacia sí, y con los ojos fijos en los suyos, preguntóle:

— ¿Qué has hecho del cabello que yo tanto amaba?

— Estabas en peligro y se lo he dado á Nuestra Señora para que te salvara.

— La intención era buena; pero ya me hubiera salvado yo solo; y tus largas trenzas sentaban muy bien alrededor de tu linda cabeza.

— Ya crecerán, y ahora que estás aquí, te juro que no volveré á cortármelos, dijo Consuelo, humilde y temerosa.

— Es de esperar así, repuso Valdés con cierta indiferencia.

Y como se dispusiese á marchar, Consuelo le preguntó con una tristeza que hacía su voz temblorosa, llenando sus ojos de lágrimas:

— ¿Te marchas ya?

— Es preciso. No he podido escapar más que por un instante..., aún he de arreglar muchas cosas para la instalación de mis soldados.

— ¿Cuándo volveré á verte?, preguntó la joven como desesperada y poseída de tristes presentimientos.

— Pues... cuando pueda..., naturalmente.

— ¿Pues entonces, hasta la noche en mi balcón?

— Sí, hasta la noche.

Y besando á Consuelo en la frente, aunque con frialdad, salió.

Cuando se vió sola, la desgraciada joven dejóse caer en un diván, y ocultando la frente entre las manos, lloró. Pero muy pronto la presión de una mano amiga hizo levantar la cabeza; era Carmela, que no queriendo dejar á su amiga mucho tiempo frente á frente con su dolor, acababa de subir para consolarla.

— ¡Bien veo que ya no me ama!, murmuró la pobre joven prorrumpiendo en sollozos.

— ¡Loca!, exclamó Carmela enjugando las lágrimas de su amiga. ¿Por qué no te había de amar ya? ¿No eres siempre adorable y encantadora?

Esto era lo que se debía decir; pero desgraciadamente, Carmela no lo dijo bien, sin duda porque le faltaba la convicción. Había visto al capitán en el momento de salir del taller, y no pudo menos de extrañar el aire de frialdad y de confusión en aquel hombre tan entusiasta y ardiente antes.

— ¿Cómo quieres que te crea, repuso Consuelo, cuando conozco que ni tú misma crees lo que me dices? ¡Ah! Por más que yo me haga ilusiones, no puedo engañarme. Aún no hacía dos minutos que estaba él aquí, cuando adiviné ya cuál sería mi suerte...

— Tú tienes la costumbre de exagerar, y es necesario que te hagas cargo de su sorpresa. Ya sabes que ese nuevo peinado te cambia mucho... ¡Y él amaba tanto tu cabello!..

— ¡Triste amor es aquel que se mide por la longitud del cabello, y ninguna mujer tiene derecho para enorgullecerse de él!, contestó Consuelo con secreta amargura.

— Espera la noche para juzgarle. Muchas cosas se arreglan por una buena conversación á solas..., aunque se esté separado por una reja.

— ¡Con tal que venga!, murmuró Consuelo.

Pero el capitán no volvió.

Por la tarde había escrito algunas líneas para excusarse; pero en cada una de las frases de su breve carta adivinábase la violencia de un hombre que no dice la verdad y que aún no sabe mentir.

Decía que al entrar en su casa había encontrado una misiva de su madre, bastante enferma, y que después de tan larga y penosa ausencia experimentaba el deseo muy natural de volver á verla. Añadía que le era imposible fijar la fecha de su regreso, porque todo dependía del estado en que encontrase á su querida enferma.

«¡Todo ha concluído — pensó Consuelo; — ya no me ama, y no volverá!.. ¡Pobre de mí!»

No se engañaba Consuelo. El capitán, á quien se había concedido licencia, muy bien merecida, pidió y obtuvo una prórroga, de la cual se aprovechó para negociar la permua con un oficial de su grado, que estaba hacía largo tiempo de guarnición en el Norte, y que deseaba conocer un poco el Mediodía.

Valdés encontró en casa de su madre, que hacía mucho tiempo deseaba vivamente casarle, una joven rubia, de carácter dulce y muy rica; y olvidando sus primeros juramentos, contrajo enlace con ella, después de haberla hecho prometer que no se cortaría el cabello jamás.

Tuvo la consideración de no anunciar su matrimonio á la familia de Alcántara; pero la que seguía amándole no dejó de recibir la fatal noticia. ¿No se sabe al fin todo en este mundo? Consuelo no se sorprendió, pues conocía por demás á su enamorado de algún tiempo para creer en su constancia, cuando ya no podía creer tampoco en sus deseos.

Pero su alma hermosa, eternamente fiel, á pesar del olvido de Valdés, estaba demasiado enamorada para que la fuese posible reponerse de su disgusto.

Consuelo pertenecía á esta noble raza de mujeres que no han nacido para amar más que una vez, y para ella, la existencia fuera del amor no tenía ya nada que á su modo de ver valiese la pena de vivir. Sin embargo, como no quería ponerse en evidencia

ante los que conocían su triste aventura, ni hacerles testigos de sus secretos pesares, encerró en lo más profundo de su ser una desesperación que no tuvo más confidente que su fiel y tierna amiga Carmela Sánchez.

Sin apresurarse, sin esas precipitaciones con que proceden las que no están seguras de sí mismas ni de sus resoluciones, después de pasar tres meses en el mundo, donde todos los que conocían el triste desenlace de sus hermosos amores pudieran admirar su calma impasible y su buen aspecto, algo altivo, declaró claramente á sus padres que después de haber reflexionado maduramente estaba resuelta á entrar en un convento. Su determinación era inquebrantable.

La familia, que se había distinguido siempre por sus elevados sentimientos piadosos, no trató de resistir á una voluntad manifestada con tanta firmeza, y después de algunas observaciones hechas por pura forma y para descargarse la conciencia, por si acaso la joven no hacía más que ceder á un impulso pasajero, se le concedió el permiso que pedía.

Eligió como lugar de su retiro el convento mismo donde, cediendo á un impulso generoso de abnegación y de amor exaltado, había ido á suspender, cual piadosa ofrenda para la salvación de aquel á quien amaba, la hermosa y larga cabellera que había sido el orgullo de su juventud y el adorno supremo de su belleza.

Toda la ciudad quiso asistir al acto de tomar el velo la señorita de Alcántara, porque las circunstancias que á esto habían conducido tenían un carácter excepcionalmente particular.

El obispo no tuvo nada que cortar de aquella cabeza ya rapada, que Consuelo había mutilado voluntariamente, rompiendo así los últimos lazos que podían unirle con el mundo que para siempre abandonaba.

Cuando las puertas del claustro se hubieron cerrado detrás de la señorita de Alcántara, separándola de la sociedad, olvidando, ó por lo menos perdonándolo todo, no vivió más que para hacer el bien, entregándose en cuerpo y alma á la práctica de las virtudes que consuelan.

Asegúrase que algunas veces viene á prosternarse y á orar en la pequeña capilla que precede al patio del convento, á los pies de la imagen de Nuestra Señora de los Siete Dolores, como si la atrajese una fuerza irresistible. Si algunas veces siente inclinación á lamentarse de haber perdido las alegrías de esta vida, á las que voluntariamente renunció, dirige una mirada á la hermosa trenza, siempre suspendida en medio de los exvotos, mudos testimonios de aquellos á quienes la Virgen Santa curó ó consoló. Y comprendiendo todo cuanto hay de frágil y perecedero en las cosas de este mundo, ama con más firmeza lo que del cielo emana, y las obras divinas de la caridad, como lo hacen siempre las almas hermosas destinadas á la gloria, y de las cuales no era la tierra digna.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### RELOJES JAPONESES

En el Japón el día consta solamente de doce horas, que se dividen en seis de día y seis de noche: las primeras se cuentan desde la salida á la puesta del sol y las segundas de la puesta á la salida, de suerte que sólo dos veces al año, es decir, en los equinoccios, los días y las noches tienen las horas iguales, en cambio en los solsticios la desproporción es considerable. Esta división exige por consiguiente que sean desiguales las seis divisiones que componen cada uno de los dos períodos diurno y nocturno; así es que en los días largos las seis horas de la noche son más cortas que las del día y viceversa en los días cortos.

Este sistema, complicado ya de por sí, lo resulta mucho más cuando se trata de contar las horas: nada parece tan sencillo como contar de 1 á 12 las doce partes del día; pero los japoneses desdennan esta sencillez, y como para ellos el número perfecto es el 9, lo que entre nosotros son las 12 del día y las 12 de la noche entre ellos son las 9 del día y de la noche; la salida del sol equivale en el Japón á las 6 de la mañana y la puesta del mismo á las 6 de la noche. Si se pregunta cómo 9 puede encontrarse dos veces en 12, contestaremos que la imposibilidad aritmética se vence ó se elude comenzando á contar por 4, pues entonces se terminará en el número perfecto 9.

Los números intermediarios se desenvuelven del siguiente modo: dos veces 9 son 18, suprimase el número de las decenas y queda 8; por esto la hora

que sigue á las 12 del día y á las 12 de la noche, es decir, la segunda hora es las 8. Tres veces 9 son 27, suprimiendo el número de las decenas quedan 7, que constituye la hora tercera, y así sucesivamente.



Fig. 1. - Reloj de pesas japonés

Para marcar estas horas y obtener la ecuación de los días, los japoneses han adoptado diversos sistemas, unas veces el péndulo, otras el cuadrante. En el primero (fig. 1) el péndulo se compone de una varilla vertical, en la que hay montada horizontalmente una plancha de metal, cuya parte superior es dentada y de la cual penden dos pedacitos de metal

que sirven de reguladores y se pueden separar ó aproximar al eje, á fin de activar ó retrasar la marcha del péndulo. En los días largos, por ejemplo, á la hora de la salida del sol se colocan los dos reguladores en los extremos de aquella especie de volante, y las horas se marcan lentamente; al llegar la hora de la puesta del sol se las coloca junto al centro del eje, y las horas de la noche pasan más rápidamente. De este modo se obtienen las horas largas para los días largos y cortas para la noche.

En el sistema de cuadrante de disco circular, este último se compone de doce cartuchos móviles en los cuales están grabadas las horas. Estos pequeños cartuchos están montados sobre correderas en el disco, de modo que con las manos se pueden fácilmente apartar ó aproximar unos á otros. En los días largos, por ejemplo, se separan los seis cartuchos que sirven para marcar las horas diurnas y se acercan proporcionalmente las otras seis que marcan las nocturnas. De manera que la ecuación de los días se verifica con la mano mediante la separación proporcional de los cartuchos. Hemos de añadir que en este sistema el cuadrante completo gira arrastrado por el movimiento y las horas se presentan sucesivamente delante de la aguja que es fija. Las seis horas del día y las seis de la noche que forman el día completo tienen, además del número, un nom-

bre; pero el día completo, en vez de componerse de dos periodos de seis, comprende doce nombres que corresponden á los signos de su Zodíaco y que son: el *ratón* para la media noche, ó sean las 9; el *buey* para las 8; el *tigre* para las 7; el *conejo* para las 6 (salida del sol); el *dragón* para las 5; la *serpiente* para las 4, el *caballo* para mediodía, ó sean las 9; la *cabra* para las 8; el *mono* para las 7; el *gallo* para las 6 (puesta del sol); el *perro* para las 5, y el *jabalí* para las 4.

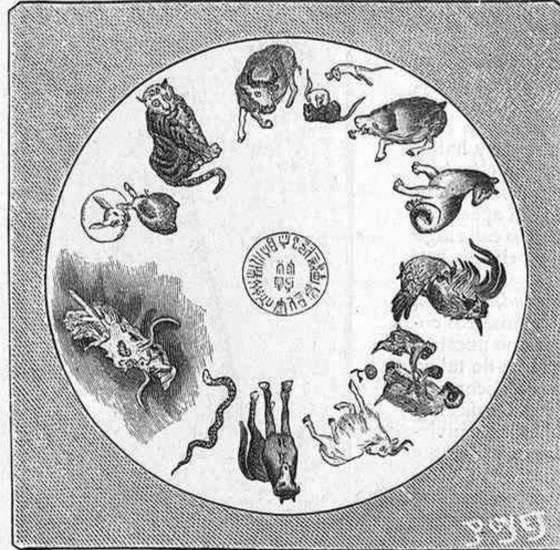


Fig. 2. - Esfera de porcelana de un reloj japonés

La fig. 2 reproduce un cuadrante con estas figuras, que en otros relojes sólo están representadas por los caracteres que corresponden á sus nombres.

Los relojes japoneses marcan, además, por medio de muy ingeniosos mecanismos los días de la semana, los del mes y las lunas.

Los japoneses son los únicos que, fuera de los pueblos europeos occidentales, han construido relojes de un carácter particular, datando la fabricación de éstos de fines del siglo XVI ó principios del XVII. Sus primeros ensayos fueron imitaciones de los tipos europeos que llegaron á aquel país, pero pronto construyeron relojes más en armonía con su método especial de contar las horas.

Para terminar, diremos que desde 1872 en el Japón las horas se cuentan oficialmente como en Europa y los relojes de allí las marcan como los nuestros. - P.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

# VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA  
preparado con bismuto  
por **Ch. Fay**, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Gargaros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 81, Rue de Selne.

## Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

## Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

## al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

## Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

## Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

## Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de París  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

## EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

## CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

## VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Cauterías y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.

Par mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

## PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVOLE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

**TERESA**, ensayo dramático, por *Leopoldo Alas*. — Leyendo *Teresa*, no acertamos á explicarnos qué causas produjeron el fracaso que tuvo en el teatro Español de Madrid; pero se nos antoja que el público de aquel aristocrático coliseo no supo ó no quiso ver lo que había en el drama, y ó no lo entendió por no haberlo escuchado ó entendiéndolo sobradamente juzgó peligroso el aplaudirlo. Porque lo cierto es que la obra encierra, en el fondo por lo menos, dos problemas que necesariamente han de interesar á cuantos de cristianos se precien y á todos los que conocen las miserias sociales modernas, y no puede negarse que la solución dada por el Sr. Alas á uno de ellos es, en medio de su rudeza, altamente consolador. El drama podrá no haber gustado y haber sido combatido (quizás por ser su autor *Clarín*); pero tenemos por seguro que ha de agradar á cuantos lo lean sin prevenciones y lo vean sin apasionamientos y convencidos de que en el teatro cabe algo más que las frivolidades que en él hoy privan.

**CLARÍN Y SU ENSAYO**, por *J. Torrendell*. — Con este folleto se ha dado á conocer entre nosotros como crítico muy notable el escritor, paisano nuestro, que hace años se conquistó merecida fama de tal en Montevideo. Su estudio de la obra de Leopoldo Alas es completo cuanto imparcial; sus teorías críticas son elevadas y nacidas de profundas convicciones; la defensa que hace de *Teresa* es valiente y justa, y las consideraciones de que deriva su juicio definitivo demuestran la solidez de sus conocimientos, lo vasto de su instrucción literaria y su identificación con las tendencias modernas de la literatura dramática. El folleto véndese en la librería de López y en las principales de Barcelona y del resto de España al precio de una peseta.

**MANCHA QUE... MANCHA**. — LOLA LA DESVERGONZÁ, por *A. González Fernández y P. Gómez Candela*. — Se han publicado estas dos graciosas parodias de los dramas *Mancha que limpia* y *La Dolores*, que fueron hace poco estrenadas con gran éxito en los teatros de la Alhambra y del Príncipe Alfonso de Madrid: ambas están escritas en fáciles versos y responden perfectamente á lo que deben ser las obras de su género.



Un cazador primitivo, escultura de José Campeny  
(Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

**LA DECLAMACIÓN ESPAÑOLA**, por *Enrique Funes*. — De libro de verdadera importancia debe ser calificado este que su autor titula *Bosquejo histórico crítico*. Mucho sentimos que la índole de esta sección no nos permita alabar como se merece esta obra notable por todos conceptos, así por los conocimientos didácticos como por la erudición y elevado criterio que en ella se admiran: hemos de limitarnos por consiguiente á decir que en este libro se estudian concienzudamente las principales cuestiones que con la declamación se relacionan, y se hace una historia completa del arte escénico en nuestra patria desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, todo profundamente pensado, metódicamente expuesto y analizado con acertado espíritu crítico. Véndese en la librería de Sanz, en Sevilla, y en las principales de España al precio de cinco pesetas.

**LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA**, por *D. Víctor Balaguer*. — Este libro, como todos los que contienen trabajos del eximio escritor, que es gloria de Cataluña y de España, merecería algo más que una ligera noticia; pero como la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no consiente otra cosa, hemos de limitarnos, no á recomendarle á nuestros lectores, ya que por sí solo se recomienda, sino á decir simplemente que en él están coleccionados los hermosos discursos pronunciados por el Sr. Balaguer como presidente de los Juegos florales de Barcelona, Valencia, Granollers, Pontevedra, Reus y Zaragoza, y algunas hermosas memorias leídas en las Reales Academias de la Historia y Española y en el Ateneo de Madrid. En unos y otras se tratan magistralmente algunos puntos interesantísimos de nuestra literatura y nuestra historia, y en todos se admiran la erudición, la elevación de ideas, la inspiración poética y la pureza de estilo que han conquistado al Sr. Balaguer uno de los primeros puestos entre nuestros mejores literatos. *Los Juegos florales en España* forman un tomo de 500 páginas, que se vende á diez pesetas en la Biblioteca Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú, á cuyo sostén y fomento se destina el producto íntegro de la obra.

**LA IBERIADA**, por *Manuel Lorenzo D' Ayot*. — Se ha publicado el canto III de este poema en prosa consagrado á Aragón, cuyas glorias pone de relieve el autor en brillantes párrafos llenos de profundos conceptos. Véndese el cuaderno á dos reales.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

FRASCO 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
para ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES  
&  
CUIDA y conserva el cutis limpio y terso

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores  
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el  
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base  
de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como  
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia  
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER**  
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos  
contra 8 fr. — Depósito **ROCHER**, Farmacéutico,  
112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.  
Envío gratis y franco de un estudio interesante  
indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS**.  
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.

**CEREBRINA**  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS, NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS  
la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

**CYCLES IMPERATOR**  
DUGOUR Y C.<sup>o</sup> Constr.  
81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris  
Velocípedos de precisión 225  
Excelentes neumáticos. Fr.  
Catálogo gratis.—Exportación

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**  
Estreñimiento,  
Jaqueca,  
Malestar, Pesadez gástrica,  
Congestiones  
curados ó prevenidos.  
(Rótulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY  
Y en todas las Farmacias

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**  
Solucion **BLANCARD**  
Comprimidos de Exalgina  
Con loduro de Hierro Inalterable.  
**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS**, etc., etc.  
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**  
Exíjase la Firma y el Sello de Garantía.—Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y cura CATARRO,  
BRONQUITIS,  
OPRESION  
**ASMA**  
y toda afección  
Espasmódica  
de las vías respiratorias.  
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
J. FERRÉ y C.<sup>o</sup>, Pcos., 102, R. Richelieu, Paris.

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exíjase en el rótulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS de DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
Batir en el rótulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anemia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteración de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrófulosas y escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde en la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
EXÍJASE el nombre y la firma **AROUD**

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria